D.
Ayesa de Sarriá

E

ANILLO DE SATANAS

(MEMORIAS DEL REINADO DE FERNANDO VI)

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE

DON RAMON ORTEGA Y FRIAS

CONDICIONES DE LA PUBLICACION

ı interesante obra, que consta de dos tomos, se repartirá
adernos de 32 páginas, en buen papel y esmerada im-

embargo del lujo de la edicion, el precio de cada cuader-
será

REAL EN TODA ESPAÑA

repartirá un cuaderno semanalmente; pero los señores
ores que en vez de un cuaderno quieran recibir dos ó
ıeden indicarlo al repartidor y serán complacidos.

LÁMINAS DE REGALO

el trascurso de la publicacion recibirán los señores sus-
excelentes láminas, que representarán los principales
s de esta importantísima obra.
terminada, y su precio es 56 reales en toda España.

PUNTOS DE SUSCRICION

o.—Administracion: calle de la Esgrima, núm. 2, 2.º
dirigirán todos los pedidos y reclamaciones.

La Payesa de Sarriá

Drama en 3. actos.

LA PAYESA DE SARRIÁ,

DRAMA

ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

DE

D. LUIS DE EGUILAZ.

AUTOR DE

Verdades amargas—Alarcon—Las prohibiciones—Una broma de Quevedo—El caballero del milagro—Mariana la Barlú—Una virgen de Murillo—Una aventura de Tirso—La vida de Juan Soldado—La Vaquera de la Finojosa—La llave de oro—Grazalema—El patriarca del Turia—Las querellas del Rey Sábio—Mentiras dulces—Santiago y á ellos—El padre de los pobres—Los crepúsculos y La cruz del matrimonio.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1862.

Á LA MEMORIA

DEL DISTINGUIDO ARTISTA Y POPULAR POETA CÓMICO CATALAN

D. FRANCISCO RENART.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada. Mádrid 19 de Diciembre de 1860.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO

Actores que representaron esta obra por primera vez la noche del 5 de Noviembre de 1860 en el Circo de Barcelona, primer teatro de declamacion de aquella capital.

EULALIA..................	Doña Cándida Dardalla.
VIOLANTE................	Doña Josefa Rizo.
OLIVER..................	Doña Adela Guerrero.
DON MAGIN.............	D. José Dardalla [1].
ROGER..................	D. Antonio Zamora.
JAIME....................	D. Benito Pardiñas.
BELTRAN................	D. José Guerrero.
PORT......................	D. Francisco Pardo.

El Veguer, payeses y payesas, camareras, hombres de armas, pajes, criados, criadas y séquito del Veguer.

San Vicente de Sarriá y Barcelona, 148...

---

1 Por circunstancias especiales se encargó el Sr. Dardalla de este papel, que desempeñó con no comun acierto, á pesar de pertenecer á un género completamente contrario á aquel en que este artista no tiene rival, y de estar tan lejos el personaje de aquellos que suelen ser ejecutados por los primeros actores del género cómico. Tiene esta nota por objeto, al par que dar una muestra pública de aprecio al señor Dardalla, advertir á los directores de escena que D. Magin de Pujadas debe ser representado por el primer actor de la compañia, sin tener en cuenta el reparto de papeles hecho por el autor en el estreno de esta obra.

ACTO PRIMERO.



Paisaje ameno en las vertientes del *Tibi-dabo*: á la derecha se ve brotar de entre los árboles la pintoresca poblacion de San Vicente de Sarriá, que parece que duerme recostada en el monte que le sirve de lecho. —El terreno será muy accidentado, empezando el movimiento desde la misma boca-escena, cuya parte de la derecha estará más elevada que la de la izquierda, efecto de un corte de tierra que habrá en el centro del primer término.—Á la derecha, en la esplanada que forma la parte elevada, hay una cabaña, formada de cañas y paja, y basada en algunos fragmentos de ruinas, la cual está cobijada por un grupo de árboles y revestida por una frondosa parra. La otra mitad del primer término (la de la izquierda) está plantada de huerta. En la parte superior del corte de tierra habrá zarzas y pitas, lo propio que en la parte que dá frente al público: el resto del escenario lo ocupa el monte, plantado en su mayor parte de viña, y en el que se verán sendas practicables. Á espaldas de la cabaña parte un camino, que dando una vuelta en el centro de la escena y á bastante elevacion, se pierde por detrás de las desparramadas casas de Sarriá, y que conduce al monasterio de Pedralbas. Á uno y otro lado de la cabaña nacerán algunas flores. En la parte que ocupa el público se supone estar el valle, y Barcelona, que cierra el paso al mar.

ESCENA PRIMERA.

BELTRAN, PORT.

El primero aparece trabajando en el huerto; el segundo llamando á la puerta de la cabaña, á pesar de estar abierta.

PORT. ¡Ave Maria! ¡Ah de casa!

BELT. ¡Eh! buen hombre, ¿qué queria?
(Sin dejar de trabajar.)
PORT. ¡Madre de Dios! ¿Yo, buen hombre!
—Payés, ¿darásme noticia (Dominándose.)
de si mossen Jaime es ido,
que esta vegada es la quinta
que á su puerta llamo, y nadie
sale á esta puerta maldita?
BELT. Mossen Jaime está al trabajo.
PORT. ¿Dónde, payés?
BELT. En las viñas.
(Siempre con mucha sequedad.)
PORT. Y esa que aqui con él mora,
blanca rapaza garrida,
¿anda al trabajo tambien?
BELT. Esa pienso que está en misa.
PORT. ¡Madre de Dios!—¿Y en la casa
no hay servidor que reciba
al que por ellos pregunta,
si algun gran señor le envia?
¿No hay quien á un buen escudero,
que aqui á carrera tendida
es de Pedralbas venido
con nueva que pide albricias,
alargue un jarro del rancio
(En tono seco y adusto.)
que en Sarriá bravo se cria,
y que el polvo del camino
tan gallardamente quita?
BELT. Si al servidor busca, hallóle;
mas si al vino, erró la pista,
que aqui todo el que bebemos
lo dá esa fuente de arriba.
PORT. Payés... dile á tu señor (Dominándose.)
que el egregio mio estima
su persona por honrada;
dile que aqui se encamina;
dile que antes de una hora
su casa honrar solicita.
Esto nombre del mi dueño:
nombre mio nada digas,
salvo que el mi egregio amo

lo bebe en copas de á pinta;
salvo que otro que tal hace
toda la su comitiva;
que venimos de Pedralbas,
donde es monja una su prima
—piénsome que la abadesa—
y que es monjil cortesia
no dar nada que remoje
sino es el agua bendita.
(Da algunos pasos para marcharse.)

BELT. Téngase, que aun no me ha dicho,
escudero, á quién servia.
(Trepando á la esplanada.)

PORT. ¡Son las armas que aqui lucen,
(Por las que lleva al pecho.)
tan egregias como antiguas,
de don Magin de Pujadas,
marqués de las Guillerias!
(Váse Port por el camino de Pedralbas. De vez en cuando habrán atravesado algunos payeses por la parte alta de la escena con sus herramientas de la branza.)

Acto

ESCENA II.

BELTRAN, JAIME. Beltran se dirige otra vez hácia el sitio en que estaba trabajando, despues de encogerse de hombros. Sale al propio tiempo por el primer término izquierda Jaime, que melancólico y sombrio se dirige á su cabaña, azada al hombro, y se detiene al ver á Beltran.

JAIME. ¡Que Dios te guarde, Beltran!

BELT. ¡Señor! ¿Ya dejas la viña?

JAIME. Sí, buen Beltran: el trabajo
hoy cual nunca me fatiga,
y hasta el azada me pesa
más que otras veces solia.

BELT. ¡Alguna dolencia!.... (Con mucha solicitud.)

JAIME. No.
Por entre las verdes pitas,
que enlazadas con las zarzas
valladar más que á la vista

al paso ponen, mis ojos
gozábanse en la campiña
mientras la mano afanosa
la dura tierra rompia.
Á la ventura vagando
mi mirada distraida,
ya fija en la mar cercana,
ya en esa montaña fija,
al grato repiqueteo
de unas campanas vecinas,
topóse al fin con Pedralbas,
de donde el rumor venia.
Costosas galas vistiendo
torres y muros cubrian
al viento su enseña dando
las gentes de la Abadia,
mientras llegaba á su puerta
ostentosa comitiva,
que en literas y caballos
córte de un rey parecia.
—Así desde Barcelona,
que aun llora tanta mancilla,
años há, una cabalgata
llegó á Pedralbas un dia.
Tambien alegre repique
le daba la bien venida,
tambien pendon ostentaban
ambas torres bizantinas;
y era que mi Barcelona
doblaba la frente invicta,
que la ciudad de los Condes
ya corona no ceñia!

BELT. Sí, mossen, bien lo recuerdo.
Allí con falsa sonrisa
firmó el rey don Juan los tratos
que Barcelona le abrian.

JAIME. Bien estás dentro tu huesa,
flor de la caballeria!
noble Cárlos de Viana,
bien estás, que esto no miras.
¡Pobre príncipe! (Ambos se descubren.)

BELT. Señor,

(Pasándose una mano por los ojos.)
esa cabalgata rica
que desde tu campo vistes
por entre zarzas y pitas,
no la rigen conselleres
que la gramalla vestida
vayan á entregar á un rey
llaves que guardar debian.
Es la casa de ese viejo
que á mocedades se inclina;
de don Magin de Pujadas,
marqués de las Guillerias.

JAIME. ¡Pujadas! (Como recordando.)

BELT. De un su escudero,
que á avisarte su visita
fué aquí venido en su nombre, —
no há mucho yo lo aprendia.

JAIME. ¡Á mí! Desde que en Aibar
le hice saltar de la silla
á un buen bote de mi lanza,
ni le ví ni dél sabia.

BELT. Los odios de aquellos bandos
toda Cataluña olvida.

JAIME. ¡Si fuese!... Mas no será.
—Beltran, por el alma mia
(Con mucha ansiedad.)
dí si acaso ese escudero
te preguntó por mi hija.

BELT. Sí que preguntó de Eulalia.

JAIME. Harto bien me lo temia!
Beltran, por Eulalia vienen!
Alguien aquí me lo grita.

BELT. ¿Cómo?

JAIME. Ya llegó el instante
que más yo temido habia.

BELT. Mas don Cárlos, nuestro príncipe,
¿no os la dió recien nacida?
(Bajando la voz y con misterio.)
Al morir, ¿no os mandó un pliego
en que su orígen decia,
que abrir debes solo estando
en riesgo su honor ó vida?

Porque aquí feliz viviera
y humilde en tu compañia
nuestro buen príncipe quiso
que fuera más que tu hija.

JAIME. Sin abrir el pliego, el príncipe
dijo que esto ser podria,
que sus padres ignorados
tal vez me la pedirian,
y yo le juré entregarla
si esto acaso sucedia.
Tal vez el Pujadas viene
de este caso con noticia,
tal vez él mismo es su padre,
tal vez la pierda este dia.

BELT. Pues niega que la tenemos.

JAIME. En Barcelona hay justicia:
por más que la defendiera,
por fuerza la tomarian.

BELT. ¡Justicia para quitarles
á dos viejos su alegria!
¿Pues por quién, señor, vivimos
desde aquel hora maldita
en que Roger, vuestro hijo,
se partió de nuestra vista,
ansioso de una fortuna
que aquí encontrar no podia?
¿Por quién los dos arrastramos
cinco años há nuestras vidas,
desde que aquel hijo ausente
nueva alguna de él no envia?
¿Para quién son esas flores?
¿Para quién esa casita? (Muy conmovido.)
¿Justicia decis, señor?
¿Y á eso le llamais justicia?

JAIME. Y si no es razon, Beltran,
quitarnos nuestra alegria,
¿serálo robar á un padre
la que busca amada hija?
¿Será justicia, Beltran,
ya que eso es mala justicia,
si ese padre es rico y noble,
que Eulalia tan pobre viva...

¡que bien sabes la pobreza
que aflige á la casa mia?

BELT. Mas Roger tornará rico,
que á serlo fué su partida,
y al fin casarán en uno
y todos habremos dicha.

JAIME. Cinco años son ya pasados
sin que mi Roger escriba.
Ó es ya muerto el hijo mio,
ó de nosotros se olvida.
Diez hará que se partió:
niños eran todavia;
bien se amaban, bien entonces
ser uno se prometian.
De mi Roger la memoria
siempre está en Eulalia fija,
mas ¿quién sabe, si él es vivo,
que á otra mujer no se inclina?
(Movimiento de Beltran.)
Á más, tú lo sabes bien,
torpes ya y envejecidas,
no nos ganan estas manos
nuestro pan de cada dia.
De los encajes de Eulalia
vivimos, no de la viña;
y asi siendo, el retenerla,
no amor, interés seria.

BELT. Á mi pesar razon tienes.

JAIME. Más al mio.—¡Ah!... y olvidas
que hoy he de pagar el cánon
al señor de esta masia;
que me faltan veinte escudos;
y que si no se lastima
de ver mi estado, y espera
á la cercana cogida,
puede echarnos de esta casa.
Eulalia entonces, ¿qué haria?

BELT. ¡Pues no ha de esperar! Yo iré
á contarle nuestra cuita
y... (Ya se habrá presentado el séquito de D. Magin en el foro derecha.)

JAIME. Sí, Beltran; vé al instante.

Que Eulalia no lo aperciba.

BELT. Adios, señor. Corro á verle.

JAIME. Adios, Beltran, que te asista.

(Váse Beltran por el fondo izquierda, monte abajo.)

ESCENA III.

JAIME, D. MAGIN, PORT, pajes, escuderos, palafreneros, etc., etc. Jaime sube á la derecha del escenario como para entrar en la cabaña y se detiene á la puerta de esta al oir la voz de Don Magin, que sale conducido en silla de manos y precedido de su comitiva por la parte más elevada del camino de la derecha: la llegar al punto en que este toma vuelta para descender, hace parar á su gente, que se queda coronando la escena, y él desciende, dejando la litera y seguido solo por algunos pajes y Port, que le muestra á Beltran. Uno de los pajes trae una salvilla de oro con copas: otro un jarro, tambien de oro, y otro una bandeja con ricos paños blancos de manos.

MAGIN. ¡Alto el séquito!

JAIME. ¡Gran Dios!

Aqui estan. Dame tu amparo.

MAGIN. Será don Magin Pujadas
tan dichoso y fortunado,
que se encuentre en la presencia
del cisne de estos collados,
del trovador mossen Jaime,
de Luis Aversó traslado?
Salud, trovador insigne,
tres veces salud, buen bardo.

JAIME. Ese trovador que buscas (Con cierta sequedad.)
es muerto hace muchos años.
Aqui no hay más que un payés,
un labrador de estos campos,
que lleva su mismo nombre.
Ese, señor, te está hablando.

MAGIN. ¿Y aquel laud que otro tiempo
(Siempre muy almibarado y jovial.)
compás dió á tu dulce canto,
está mudo para siempre?

JAIME. Cabe un pobre hogar colgado

y del humo ennegrecido
vive en perpétuo descanso,
sin que arranquen á sus cuerdas
(Con extremada melancolia.)
un sonido destemplado
ni la fresca *marinada*
ni el viento del *Tibi-dabo.*

MAGIN. Á ese Jaime el del laud
es al que vengo buscando.

JAIME. Diga, que espero impaciente.

MAGIN. Oiga, que ya me lo hablo.
—Dolencias, que hay quien se atreve
á atribuir á mis años,
tres meses muy bien cumplidos
en un lecho me han postrado.—
—Esto de la edad lo cuentan
porque entre ciertos legajos
que en mi archivo se custodian,
hay un pergamino ajado
que llaman fé de bautismo,
el cual afirma con datos
que don Magin de Pujadas
frisa en los sesenta y cuatro.
Mas ó el Magin con que reza
fué el mi abuelo tan nombrado,
ó el tal pergamino viejo
miente como gran bellaco.
—Copero, el mi buen copero,
mi garganta se ha secado:
de aquel agua-miel tan dulce
escancia, copero, un vaso.
(Uno de los pajes vierte vino del jarro en una copa que toma D. Magin de la salvilla que le presenta el otro: despues de haber bebido toma un lienzo de la bandeja y se limpia, repitiéndose este juego tantas veces como lo indica el diálogo. D. Magin habla con mucha rapidez y claridad. Jaime escucha con impaciencia y cierto sobresalto.)

PORT. (¡Madre de Dios! ¡cómo empina!)

MAGIN. ¡Dios que lo dá, sea loado!
—La dolencia que decia
llegaba á punto tan alto,

que finqué como el don Bueso
del romance castellano;
y doctor y bachilleres
el *requiem* me recetaron.
Entonces pensé muy cuerdo
que por antiguo pecado
á tal mal llegado habria;
y salir quise al reparo
con un voto, que á cumplir
en Pedralbas he empezado,
y que aqui terminar debo
con el de Dios y tu amparo.
—¿Hijos teneis?

JAIME. Uno tuve; (Con dolor.)
mas sí le tengo no alcanzo.

MAGIN. Hijos hembras preguntaba.

JAIME. Fué varon el desdichado.

MAGIN. De suerte que una payesa
que criasteis con recato
y en vuestra compaña vive...

JAIME. ¡Acabad, por Dios, de hablarlo! (Impaciente.)

MAGIN. Nada que en su contra sea
de la payesa he pensado;
que si es como la imagino,
vá en lo del voto ganando
la riqueza que no tiene,
y el nombre que no le han dado.

JAIME. ¡Termine el marqués por Dios!

MAGIN. ¿Copero?—Termino, el bardo.
—La payesa de que hablabas
(Despues de beber.)
y que te dá tal cuidado,
no es tu hija.

JAIME. No es mi hija.

MAGIN. ¿Tiene padres?

JAIME. Ignorados.

MAGIN. ¿Es hermosa?

JAIME. ¡Como un ángel!

MAGIN. ¿Discreta?

JAIME. Como un letrado.

MAGIN. ¿Honesta?

JAIME. ¡Como la Vírgen!

MAGIN. Es pura! (Con gozo)
JAIME. Como el sol claro.
MAGIN. ¿Y dulce?
JAIME. Como una trova.
MAGIN. ¿Sí? pues la que busco hallo.
JAIME. ¿Venis en busca de Eulalia! (Fuera de sí.)
MAGIN. Á Eulalia vengo buscando: (Con extrañeza.)
JAIME. ¡Es decir que sois su padre!
MAGIN. ¡Yo su padre!
(Retrocediendo y como riéndose de la ocurrencia.)
JAIME. (Concibiendo una esperanza.) ¿Me he engañado?
MAGIN. Sí tal, que hijas casaderas
no se tienen á mis años,
por más que aquel pergamino
diga á voces lo contrario.
JAIME. Entonces, ¿con qué derecho...
MAGIN. Con aquel que tiene el álamo
para enlazar á la yedra.
(Muy almibarado.)
Con el que compre esta mano.
JAIME. Es decir...
MAGIN. Que mi dolencia
nació de antiguo pecado;
que de ser marido hice
voto solemne, en descargo,
de alguna doncella honrada,
fruto de amor desgraciado,
que padres no conociera
y viviese del trabajo.
Mas como áun me siento mozo,
á pesar del vulgo sándio,
ya que hice aquel voto, quiero
á gusto cumplimentarlo
con una doncella hermosa
que al par sirva á mi regalo,
que pues es trago el casarse
justo es hacer dulce el trago.
JAIME. (¡Me ha hecho temblar este necio!)
MAGIN. ¿Copero?...—Prosigo, el bardo.
—La abadesa de Pedralbas,
que es mi prima en tercio grado,
siendo yo en su monasterio,

—que tambien doliente estando
allí ofrecí hacer gran fiesta,—
de este mi mal se ha enterado.
¡Y como en mar *tempestoso*
al náuta dirige el faro
á quieto puerto, ella asi
á Eulalia me ha encaminado!

JAIME. Ella asoma allí, marqués.

MAGIN. Decid que la aurora, el bardo.

(Eulalia aparece por una colinita del primer término de la derecha, rápidamente. No ha visto á los que estan en la escena, y al reparar en ellos baja los ojos y trata de cubrirse con la mantilla ó cendal blanco que envuelve su cabeza y hombros. D. Magin parte á su encuentro muy diligente, almibarando aun más su manera de decir y queriendo hacer movimientos de jóven.)

ESCENA IV.

DICHOS, EULALIA.

MAGIN. Si aquel ciego dios flechero
el carcax viera sin dardos,
yo le indicara unos ojos
donde pudiera llenarlo,
flor que humillas á las flores
de estos floridos collados.

JAIME. El señor marqués te honra
con conceptos tan galanos,
que las damas de la córte
te envidiáran á escucharlos.

EULALIA. Yo, señor, bien me lastimo (Muy cortada.)
de no poder contestaros.
Mas pobre payesa humilde,
criada en silvestres campos,
ni entiendo lo que esas damas,
ni sé de conceptos altos.

MAGIN. Ni Vénus, ni... (Con el mayor entusiasmo.)

JAIME. Si le place (Interrumpiéndole.)
entrar aqui un breve rato,
del caso que le traia

tratar podremos á espacio,
(que luego yo á Eulalia á solas (En voz baja.)
haré de todo el relato.)

MAGIN. Vengo en ello.
JAIME. Entrar podeis.
MAGIN. Copero... siempre á mi lado.
JAIME. Sestear los vuestros pueden
bajo esos copudos álamos.
(Señalando á la izquierda.)
MAGIN. Sois bella.
(Á Eulalia, despues de indicar á su comitiva que se retire.)
EULALIA. Vos bondadoso.
MAGIN. Modesta.
EULALIA. Quiero y no alcanzo.
MAGIN. Discreta.
EULALIA. ¡Como entre breñas?
MAGIN. ¡Un sol!
EULALIA. ¿Os estais mofando?
JAIME. Pase ya el señor marqués.
(Impaciente al ver que molesta á Eulalia.)
MAGIN. ¡Sois el cielo!—Paso, el bardo.
(Á una nueva seña de Jaime entra, seguido de los tres pajes y de Port, que es el último, y que espera á que entre Jaime: este dice rápidamente á Eulalia que espere y desaparece. La comitiva se habrá retirado entre tanto. Algunas payesas con tocas blancas habrán atravesado el monte de derecha á izquierda.)
JAIME. Aqui me espera.
EULALIA. Sí, padre.
JAIME. (Bien agua-miel bebe el amo.
PORT. El amo llama agua-miel
al vino de treinta años.)

ESCENA V.

EULALIA.

Se quita la mantilla blanca y la dobla durante estos primeros versos.

¿Por qué con mi padre

hallo gente extraña?
Mejor mi casita
se está solitaria.
De Roger ausente
todo aqui me habla.
No alienta mi pecho
lejos de esta casa.
Ese viejo roble,
esas verdes parras
vieron los alegres
juegos de su infancia,
que yo compartia,
que yo bien gozaba.
¡Por qué no eres niño
y es niña tu Eulalia?
Á serlo, amor mio,
no asi nos dejaras.

—

Marinadita dulce
de la mar cercana,
llévale mis suspiros,
marinadita blanda.

—

Parece que el viento (Como escuchando.)
me dice palabras.
Sin duda el ausente
asi se lo encarga.
—En una de mayo
tranquila velada,
mirando la luna
que allí rielaba,
por estas mejillas
rodaron dos lágrimas.
«¿Qué lloras?» me dijo,—
«¿qué lloras, Eulalia?»
«No sé, hermano mio.»
«¿No sabes, hermana?
—La niña inocente
que llora sin causa,
secretos de amores
encierra en el alma.
Eulalia, te amo:

¡amarásme, Eulalia?»
Y el viento que agora
refresca mi cara
con esa armonia
que en Roger brotaba,
repite en mi oido:
«Te ama, te ama.»
¡Tambien yo te amo,
Roger de mi alma!
¿Dónde estás ¡que nunca!
respondes á Eulalia?

—

¡Marinadita dulce
de la mar cercana,
llévale mis suspiros,
marinadita blanda!

ESCENA VI.

EULALIA, OLIVER. Oliver baja rápidamente por una colina de la izquierda, atraviesa el huerto, sube á la esplanada, y al ver á Eulalia se queda un momento contemplándola. Eulalia al sentir ruido vuelve la cabeza y lo ve con indiferencia. Mucho fuego en el paje.

EULALIA. ¡Ah!... Oliver.
OLIVER. Un paje
rey en esperanzas.
EULALIA. Visto no te habia.
OLIVER. Tú no ves, Eulalia.
EULALIA. ¿Qué hacias?
OLIVER. ¡Mirarte!
EULALIA. ¡Cómo! (Sonriéndose.)
OLIVER. ¡Con el alma!
EULALIA. ¿Á dó vas?
OLIVER. Á verte.
Por allí pasaba,
que á ese monasterio
el señor me manda
que una carta lleve,
y al ver esas parras
que te dan su sombra

cuando te levantas,
dije: «bajo de ellas
quizá encajes labra.
Si no puedo verla
al ser de tornada,
¿cómo á Barcelona
dirijo la planta?»
Y de una carrera
á tí me llegaba.

EULALIA. ¡Niño!...
OLIVER. ¡Siempre niño!
EULALIA. ¿Oirlo te enfada?
OLIVER. ¡Yo niño! Tú miras
y no ves, Eulalia.
Esos grandes ojos
que vagan y vagan,
á veces se fijan,
se aquietan, se paran.
Cualquiera diria
que algo á sí los llama,
que en extraño objeto
curiosos se clavan.
Mas de ellos no sale
ninguna ojeada,
no afuera va el rayo,
dirígese al alma.
Tú finges que miras
y no miras nada;
tú ves de tí dentro
cosas que te callas.
EULALIA. ¡Yo!
OLIVER. Si asi no fuera,
niño me llamaras?
¿Mi cuerpo no crece?
¿No apuntan mis barbas?
EULALIA. Allá en el convento
las madres te aguardan.
OLIVER. ¡Dejarte tan pronto!
EULALIA. Lo quiere esa carta.
OLIVER. Bien: adios.—¡Ah! mira, (Volviendo.)
—mas asi bien hayas
como hasta que acabe

me escuches callada.—
Anoche, cual siempre,
en tí yo pensaba.
Era el sueño corto,
la noche muy larga,
y sueño y amores
estan á las malas.
No pude dormirme,
—mil noches me pasa.—
Si yo á todas horas
aquí la mirara,
tal vez, me decia,
lograse ablandarla,
ó al menos la viera,
que no es pedir nada.
Y un medio ocurrióme.
—No rias y calla.—
Nunca, á tú quererlo,
de mí te apartaras.
—Por tornar su hija
que casó en Italia,
y há tiempo viuda
desea la patria,
mi señor y dueño,
don Juan de Moncada,
con diez servidoras
refuerza su casa.
Si tú me quisieras
y en tu bien pensaras,
conmigo vendrias
pidiendo una plaza.
—Con el mayordomo
tengo vara alta;—
admitida fueras;
á servir entraras.
Tras dos... ó tres años
de buenas andanzas,
—porque estando juntos
no ha de haberlas malas,—
tú con la señora,
yo con el Moncada,
iriamos siempre

subiendo en privanza.
Tú en favor creciendo,
yo creciendo en talla,
llegáramos pronto,
si Dios no nos falta,
tú á ser camarera
primera en la sala,
yo á ser escudero
que el casco llevara.
Hiciéramos hucha
de entrambas soldadas;
juntáramos buenos
escudos de plata;
y si tú lo quieres,
luego una mañana,
yo espada ciñendo,
vistiendo tú galas,
á una iglesia vamos
y un cura nos casa.
Despacio lo piensa, (Rápido.)
no digas palabra.
Yo voy al convento,
que esperan la carta.
Al punto retorno,
que Amor presta alas.
(Desaparece rápidamente por el monte derecha.)

EULALIA. ¡Oh!... ¡Tal cuando niño
Roger deliraba!

ESCENA VII.

EULALIA, JAIME.

Jaime aparece cabizbajo á la puerta de la cabaña y despues de pasarse la mano por los ojos se dirige á Eulalia, como quien cumple á su pesar una obligacion dolorosa.

JAIME. ¿Hija?...
EULALIA. Padre mio. (Viéndolo.)
JAIME. Escucha.
EULALIA. Usais, padre, un tono extraño:

¿qué teneis?

JAIME. Nada, hija mia.
—Ese que conmigo hablando
hallaste, es por rico y noble
el más alto entre los altos.
Es Pujadas, es marqués;
es con inferiores llano;
superiores no los tiene,
é iguales no se los hallo.
Tal siendo—aunque á las vegadas
parece gran mentecato
que dá en ser galan y mozo
cuando es como yo un anciano—
por lo que dicho te llevo,
y por la apreciable y blando,
bien estimársele puede.
¿No es verdad?

EULALIA. Sí; mas no alcanzo...

JAIME. En casar trata el Pujadas,
que á eso un voto le ha obligado;
por heredera instituye
á la que lleve á su tálamo,
y aun esto en poco teniendo
dá en arras cien mil ducados.
Aun las que corona ciñen
envidiarán el regalo
de la que elija: será
la primera en los saraos;
la primera en los torneos;
la primera en todo; y cuando
el marqués del mundo salga,
tendrá tan grandes estados,
que si reina ser quisiese,
un rey le dará su mano.
¿No es cierto, Eulalia, hija mia,
que aquella que llegue á tanto,
será muy feliz? ¿No es cierto
que no habrá en todo el condado
doncella que rehusara
boda tal, puesto tan alto?

EÚLALIA. Sí, padre, mas no comprendo...

JAIME. El señor de que te hablo

tu mano á pedirme viene.
La respuesta está esperando.

EULALIA. ¡Padre, yo amo á Roger!

JAIME. Hija,
¿no has, hace poco, afirmado,
que hembra no habrá que rehuse
boda tal, puesto tan alto?

EULALIA. Tampoco hay, padre, hembra alguna,
á quien Roger ame.
(Fuera de sí á la sola idea de faltarle.)

JAIME. Un año
aguarda cualquier doncella;
dos, tres, hija mia, aun cuatro.
Mas desde que el hijo es ido,
diez corrieron ya muy largos:
cinco hace ya que no escribe,
quizás aun tarde otros tantos,
quizá en cautiverio llore,
quizá nunca lo veamos.
Tu edad juvenil se agosta:
ese tiempo ya pasado,
ninguno querrá tomarte
por esposa.

EULALIA. Y sin embargo
yo aguardaré, padre mio,
un año más, diez, cien años.
Si nunca viene, la vida
pasaremos de él hablando.

JAIME. Si, si, mas das al olvido
que estoy doliente y anciano.
¡Pasaremos! Yo, hija mia,
no pasaré, ya he pasado.
Beltran tambien es muy viejo,
sus dias estan contados.
¿Qué harás tú sola en el mundo
si de él partimos entrambos?

EULALIA. Padre, si los dos moris,
yo me quedaré ¡esperando!
—Si Roger vuelve algun dia,
cuando llegue al fin del llano
mirará la chimenea
que el hogar cobija ansiado,

si no ve elevarse el humo
¿qué dirá mi pobre hermano?
Despues pasando ese bosque
y trasponiendo el collado,
de temor y de cariño
el corazon palpitando,
ver querrá ese viejo roble,
esas parras, que amó tanto
porque á su sombra crecimos,
porque á su sombra jugamos.
Padre, ¿qué dirá Roger
si las parras se han secado?
Luego, padre, jadeante
de emocion y de cansancio,
irá á llamar á esa puerta
buscando amor y descanso.
¿Qué pensará, si ninguno
responde de amor llorando
sino el eco que repite
sordos sus aldabonazos?
No, no; si los dos moris
yo me quedaré á aguardarlo.
Si es invierno, cada noche
despues de haber preparado
la cena para los dos
y puesto en la mesa un plato
para él, añadiré
leña al hogar: si es verano,
iré á la fuente por agua,
por fruta al huerto, y ahí, bajo
de esas parras tan queridas,
yo me sentaré á esperarlo.
Si hace frio, hallará fuego,
si calor refresco grato;
siempre mi sonrisa, siempre
recuerdos de lo pasado.
Luego, sin hablar palabra,
pero asidos de las manos,
iremos al cementerio
nuestra ventura á contaros.
Si moris y yo me voy,
¡quién, mi padre, año tras año

estará todos los dias
con fuego y cena esperándolo?
¿Quién cuidará de sus parras?
¿Qnién irá loca á abrazarlo?
¿Quien le mostrará la tierra
en donde esteis enterrado?

JAIME. ¿Y si el hijo fuese muerto?
(Casi sin poder hablar.)

EULALIA. No quedaré en desamparo.
El dia en que eso suceda
moriré yo.

JAIME. Y si olvidado
de tí se hubiese?...

EULALIA. No, padre: (Rápido.)
muerto ó en prision acaso;
pero olvidarme no puede.

JAIME. Sabes lo pobres que estamos.

EULALIA. Sí.

JAIME. Mas no, que pagar debo
hoy mismo al señor el cánon
y me faltan veinte escudos.

EULALIA. ¿Y qué? (Se vé bajar á Beltran lentamente.)

JAIME. Que pudiera echarnos
de esta casa, que mañana
quizá albergue no tengamos.

EULALIA. Pero vos no le habeis dicho?...

JAIME. Beltran fué á pedirle un plazo.

EULALIA. ¡Oh! Beltran!...

ESCENA VIII.

DICHOS, BELTRAN.

Beltran no se atreve á hablar, y cuando se encuentra con Jaime quiere decirle algo aparte, pero este le señala á Eulalia con dolor.

BELT. ¿Señor?

JAIME. Lo sabe.
Puedes, Beltran, hablar claro.

BELT. Nos dá de plazo tres dias,
nos echa de casa al cuarto.

EULALIA. ¡Oh! ¡mi padre!
JAIME. ¿Qué contesto?
EULALIA. Que á Roger quedo esperando.
JAIME. ¡Bien, hija!
(Estrechándole las manos loco de alegria y besándola en la frente con efusion.)
BELT. ¿Cómo?

ESCENA IX.

DICHOS, D. MAGIN, PORT, PAJES.

MAGIN. Mossen,
el juvenil desenfado
me valga, que de impaciencia
en fuego ardiente me abraso,
como por Vénus ciprina
el fiero Marte ó Vulcano.
¿Qué responde?
JAIME. Yo...
EULALIA. Señor,
tócame á mí contestaros.
Al grande honor que me haceis
quédaos mi pecho obligado;
mas lo que está prometido
no puede su dueño darlo.
MAGIN. Se me figura, payesa,
que á entrever empiezo claro
que me desprecias.
EULALIA. No tal:
que á otro he ofrecido mi mano.
MAGIN. ¿Si? pues has de arrepentirte.
—¡Ah de mi séquito!—Un vaso.—
¿Y vos dejais que?... (Fuera de sí.)
JAIME. En las bodas
dejar libre es lo mas sabio.
MAGIN. Dios os guarde.—(Nos veremos.)—
(¡Chochean estos ancianos!)
(El primer aparte á Eulalia en tono amenazador: el segundo al marcharse mirando con lástima y desden á Jaime. Váse por la izquierda abajo.)

ESCENA X.

EULALIA, JAIME, BELTRAN.

JAIME. ¡Á descolgar el laud!
¡Á los castillos! al campo!
¡Yo por cantar he vivido!
Pues bien, viviré cantando!
(Se entra seguido de Beltran. Eulalia los contempla con dolor. Oliver habrá aparecido en la parte alta de la derecha, y baja rápidamente al ver que desaparece Jaime. Eulalia concibe de pronto una idea salvadora y se dirige á él con ansiedad.)

ESCENA XI.

EULALIA, OLIVER.

EULALIA. ¡Gran Dios!
OLIVER. ¡Ah! me espera.
Eulalia, ¿pensaste?
EULALIA. ¡Oliver!—¡Ah! Dime,
si acepto, ¿daránme
luego veinte escudos,
pero ahora, al instante?
Serviré de hinojos,
seré esclava, paje.
OLIVER. Mas...
EULALIA. Dí. De esta casa
echan á mi padre:
debe veinte escudos:
por campos y calles
quiere, tan anciano,
cantar como antes,
y vivir de aquello
que den porque cante.
¡Oh... por veinte escudos
diera yo mi sangre!
OLIVER. Mas ¿será posible?
¿Quieres engañarme?

EULALIA. ¡Daránme ese oro?
OLIVER. Si tú te obligases
á servir dos años...
EULALIA. ¡Pues no he de obligarme!
¡Ven! Llévame al punto.
No nos oiga nadie.
OLIVER. Mas lleva tu atillo.
EULALIA. Sí, sí, abajo aguárdame.
Que aquí no te vean.
Allá, junto al sáuce.
OLIVER. Yo corro.
EULALIA. Yo vuelo.
OLIVER. ¡Alma, no te escapes!
EULALIA. ¿Qué mal como el mio!
OLIVER. ¿Qué dicha más grande!

(Vánse. Oliver por la izquierda abajo primer término, y Eulalia á la cabaña. En el momento en que desaparecen se vé en la parte alta de la izquierda un caballero que escudriña la escena con singular expresion y baja rápidamente de allí al huerto. Respira con gran fuerza y se oprime el pecho con las manos. Despues dice mirando á su alrededor «¿Y qué?» como encontrando un vacio en lo que más ambicionaba.)

ESCENA XII.

ROGER.

¿Y qué? Diez años ansiando
hallarme aquí de tornada,
y agora otros tantos diera
por no haber vuelto.—Esta casa,
esas parras, ese roble,
aquella verde montaña,
la colina... ¡Oh! ¡no la veo!
(Buscando con ansiedad.)
Si la memoria me falta...
Si he equivocado el camino...
Mas no, no, fué desmontada.
—Pero entonces ¿por qué mano?
Viejo el mi padre quedaba.
¡Si ha muerto!... ¡si otro aquí mora!...

¡El corazon se me salta!—
Llamar quisiera y no puedo.
¡Quisiera entrar, y mi planta
del espanto que me abruma
llevar no puede la carga!

ESCENA XIII.

ROGER, EULALIA.

Eulalia aparece en la puerta. Roger, sin conocerla, se aparta y duda si preguntar ó no por su padre. Eulalia trae el atillo y sale llorosa.

ROGER. (¡Ah!)
EULALIA. Queda adios, campo hermoso;
adios recuerdos del alma. (Sin ver á Roger.)
¡Lágrimas, tened paciencia,
que el tiempo todo lo alcanza!
(Roger se acerca á Eulalia, y luchando por vencerse á preguntar se decide á veces, á veces busca la manera de no hacerlo. Eulalia al oirlo vuelve rápidamente la cara, cree conocerlo, pero duda que sea él, y despues de hacer un movimiento para ir hácia él, retrocede lentamente, viniendo á quedar apoyada su espalda en el tronco de un árbol, donde se queda como clavada, los brazos caidos y casi como si viera una vision. Su contestacion, si bien movida por distintos afectos, es tambien entrecortada, y á veces tritura las palabras y frases lo mismo que Roger, segun vá avanzando la escena. La emocion de ambos hace que su voz salga como empañada. Medítese mucho la estructura de la escena y el por qué de su divagacion.)
ROGER. Payesa, mas que el sol bella,
la de los labios de grana,
la de los ojos de cielo,
la de la tez sonrosada,
asi con el que quisieres
cases en esta semana,
que á una razon que te diga
verdades contestes franca.
EULALIA. Caballero... forastero...

(Recuerda que Roger era un payés cuando se separó de ella, y vá notando marcadamente que es imposible que sea aquel caballero.)

el de la espuela dorada,
el de la brillante cota,
el de la luciente espada,
Dios no permite que sea
del que quiero esta semana,
que el que yo bien quiero es ido
há mucho á tierras extrañas,
(Clavándole los ojos.)
y ó en mi amor no para mientes,
ó es cautivo de piratas.
Mas esa su razon diga,
y tendrá respuesta clara;
que esa verdad que me pide
es fruta de estas montañas.

ROGER. Esa campana que á misa
tocar oí tres vegadas
cuando subia del llano
á esta tan garrida falda,
¿de qué campanario es lengua
ó por qué santo tocaba?
Verdad dime, la payesa,
que mucho importa á mi calma.

EULALIA. Esa campana, el hidalgo,
que á misa há poco tocaba,
posa sobre antigua iglesia
que á San Vicente consagran.

ROGER. Y ese pueblo que allí miro,
payesa, ¿cómo se llama?
Dímelo por esos ojos,
por esos labios de grana.

EULALIA. Á este pueblo que aqui miras,
y cuyo nombre demandas,
San Vicente de Sarriá
apellida la comarca,
caballero forastero
el de la espuela dorada.

ROGER. De suerte, payesa hermosa, (Crece la emocion.)
que el monte que allí se alza
es el viejo *Tibi-dabo*

(Como cosa sabida, pero con deseos de que se lo repitan.)
que invierno llena de canas?

EULALIA. Asi es verdad, caballero,
el de la luciente espada.

ROGER. De suerte que esa casuca
de humildes leños y paja,
es la que alzó un bardo viejo
á quien Jaime apellidaban?
¿de suerte, la bien garrida,
que esos robles y esas parras
son los que plantó ese Jaime
el trovador de prez alta,
el de la violeta de oro
y la cigarra de plata?

EULALIA. Sí que alzó Jaime esa choza;
sí que plantó roble y parras;
sí fué trovador preciado,
entre los que bien trovaban,
y ganó en juegos florales
esas joyas de que tratas,
caballero forastero,
(Creciente de emocion.)
el de la cota acerada.

ROGER. Y á ese Jaime—¡verdad dime
por los ojos que bien amas!
y á ese Jaime, la payesa,
á ese Jaime de prez alta,
el de la violeta de oro
y la cigarra de plata,
si un forastero le busca,
¿dónde, payesa, le halla?
¿Debe llamar á esa puerta
que sombrean verdes parras,
ó ir tiene allá al cementerio
á una huesa solitaria,
donde una cruz de madera
pide rezos al que pasa,
de algun ciprés verdi-negro
ó de un sauce sombreada?
¡Dímelo pronto, payesa,
la de los labios de grana,

la de los ojos de cielo,
la de la tez sonrosada!

EULALIA. ¿Por qué asi Jaime le importa
al de la luciente malla! (Yendo hácia él.)

ROGER. ¡Payesa, por quien más quieras
que respondas á mi habla!

EULALIA. La color habeis mudado;
(Queriendo contener con sus dos manos los latidos de su corazon.)
entrambos ojos se os saltan;
crugen del temblor movidos
los anillos de las mallas...
¡de alguno que ausente lloran
nuevas traeis qne se aguardan!
Dí las nuevas, dí las nuevas,
el de la espuela dorada.

ROGER. Pero Jaime... ¡vive?...

EULALIA. Pero...
Roger... ¿vive!...

ROGER. Acaba.
(Tanto el *vive* como el *acaba* se dirá á un tiempo por los dos, valiéndose para esto de los suspensivos anteriores.)

EULALIA. Acaba.

ROGER. Presto, presto. (Rápido.)

EULALIA. Ese temblor...
esos ojos... esa cara...
¡Oh! ¿Quién eres?

ROGER. ¿Quién?... ¡Un hijo
que de su padre demanda!

EULALIA. ¡Roger!!—¡Padre! ¡Padre!
(Llamando fuera de sí.)

ROGER. ¡Vive!
Gracias, Vírgen mia, gracias.—
¡Padre!

EULALIA. ¡Roger!
(Deteniéndolo á la puerta de la cabaña.)

ROGER. ¿Quién impide?...

EULALIA. La que has olvidado, Eulalia.
(Rompiendo á llorar.)

ROGER. ¡Eulalia!
(Aterrado por el remordimiento de haberla olvidado,

y sin saber qué contestar queda como helado.)

EULALIA. ¡Tu corazon
no te ha dicho que me hablabas!
Pero en eso no se trate.
(Ahogada por el llanto.)
Tu padre...

ROGER. Corro á sus plantas.
(Sin atreverse á mirarla.)

EULALIA. Por la madre de Dios tente,
que si asi te vé le matas.

ROGER. Yo quiero abrazar su cuello,
yo quiero besar sus canas.

EULALIA. Cuando el gozo no le mate,
cuando sepa tu tornada.

ROGER. Manda.

EULALIA. Ocúltate, que sale.

ROGER. ¡Dios me tenga!
(Ocultándose en el ángulo izquierdo de la cabaña entre los arbustos que adornan aquella parte.)

EULALIA. ¡Vírgen santa!
El padre recobra al hijo;
yo pierdo el bien de mi alma.
No importa. ¡Tiene á Roger
y puede morir Eulalia!

ESCENA XIV.

DICHOS, JAIME.

JAIME. ¿Hija?

EULALIA. Señor... (Dominándose á duras penas.)

JAIME. ¿Qué me quieres?

EULALIA. Yo?... Nada...

JAIME. ¿No me llamabas?
¿Qué sucede?

EULALIA. Padre...

JAIME. Presto.
Dime qué nueva desgracia...

EULALIA. ¡Oh!... no es desgracia, no, padre.
(Como vendiéndose.)

JAIME. ¿Pues qué ocurre?

EULALIA. Nada, nada.

(Sin poder hablar.)
Tranquilizaos, señor.
Es... es que Roger...

JAIME. Acaba.

EULALIA. Es que...

JAIME. ¿Hay nuevas?... ¡Mi hijo es muerto?
No me mates. ¡Habla, habla!

EULALIA. Es... que Roger está aquí.

JAIME. ¡Que está aquí!
(Frenético por el gozo; pero dudándolo se lleva las manos á la cabeza, como demostrando que no cabe en ella tal idea.)

EULALIA. Sí.

JAIME. ¡Vírgen santa!
¿Dónde?

EULALIA. ¡Señor!...

JAIME. (Llamando.) ¡Roger! ¡hijo!

ROGER. ¡Padre!
(Cayendo en sus brazos y queriendo arrodillarse.)

JAIME. ¡Hijo de mis entrañas!
(Besándole en la cabeza.)

EULALIA. (¡Dichosos!—¡Á Barcelona!
¡Tambien soy mártir, Eulalia!!)
(Eulalia permanece separada del grupo que forman padre é hijo; coge rápidamente su atillo y dirigiéndose á la izquierda dice alzando los ojos al cielo, el último verso, y parte rápidamente. Padre é hijo quedan abrazados delante de la puerta de la cabaña.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Antecámara de doña Violante, en el palacio de D. Juan de Moncada. Puerta al foro y laterales. Á la derecha, segundo término, una puerta pequeña, y entre esta y la del primer término una ventana rasgada con vidrios de colores.—Á la izquierda, y sobre un estrado, una mesa y un sillon con doselete.—Candelabro sobre la mesa. Es de noche. Por la puerta del foro se ve una galeria alumbrada por una lámpara. La decoracion será muy reducida.

ESCENA PRIMERA.

VIOLANTE, D. MAGIN.

La primera sentada y D. Magin de pié apoyado en el brazo del sillon en postura muy estudiada.

MAGIN. Esto de poder serviros
á merced y honra lo tengo,
que dá el servir á las damas
gran prez á los caballeros.
VIOL. Marqués, que el caso olvidais.
MAGIN. Entro en el caso de lleno.
El buen don Juan de Moncada,
mi pariente y padre vuestro,
há tres años y unos meses
que dejar no puede el lecho.

Él piensa que por dolencias,
y yo juzgo acá en secreto
que por edad, que es achaque
comun hasta en los discretos,
aun cuando cuenten un siglo,
no querer pasar por viejos.
(Violante se sonrie.)
Manias de edad caduca,
que yo, aunque mozo, respeto.

VIOL. Mas el caso...

MAGIN. Voy al caso.
Pero no iré tan derecho
que antes de empezar no os diga
que si en Italia habeis vuelto
el juicio á los italianos,
que al cabo son extranjeros,
no es bien que con naturales
de aquel mismo pátrio suelo
que os vió nacer, esgrimais
esos floridos aceros,
esos endulzados dardos,
esos tiernísimos hierros,
que vos llamareis miradas,
y áspides yo bien arteros.
De pestañas y de párpados
cortinas poned al cielo;
ígneos luminosos rayos
no enciendan mis pensamientos;
y asi podré con manjares
de que Amor no es cocinero,
pasto dar á vuestras ansias,
regalar vuestros deseos.

VIOL. Pero el caso... (Sonriéndose)

MAGIN. Ya en el caso
voy entrándome derecho.
—Hoy el don Juan de Moncada
llamóme con gran misterio:
«Magin amigo, me dijo,
»en grave apuro me encuentro.
»Deshonras hay en mi casa;
»doliente y flaco me veo;
»de tí, que eres mi pariente,

»aguardo solo el remedio.»

VIOL. Es decir... (¡Dios poderoso!)

MAGIN. Es decir, que un su escudero,
con la viperina lengua
que esgrimir saben los viejos,
hále contado una historia
que á don Juan sañudo ha puesto.

VIOL. Contad la historia, marqués.
(Ocultando su emocion.)
Por Dios, que ansiosa la espero.

MAGIN. No os movais, por vida mia,
queda quedad un momento.
(Contemplándola como arrobado.)
—De beber cierta agua-miel
que compone el mi copero,
llena de fragante aroma,
antigua costumbre tengo.
Hoy por gran inadvertencia
quien me la sirva no llevo.
No os movais, sobrina mia,
queda quedad un momento;
que asi mirándoos, señora,
endulzo, miro, refresco,
paladeo, huelo, trago,
gusto, libo, aspiro, bebo.

VIOL. Pero la historia... (Muy impaciente.)

MAGIN. En la historia
voy entrándome de lleno.
—Desque de Italia tornásteis,
para trastornarme el seso,
cada noche al dar las doce,
en negro tabardo envuelto,
tapias del jardin escala
un misterioso mancebo.
En la arena de sus calles
los pies ha dejado impresos:
al llegar á la escalera
que conduce á este aposento,
piérdese el rastro; y de aqui
colige aquel escudero
que por la escalera sube
y que alguien le espera dentro.

VIOL. (¡Gran Dios!)—¡Tales liviandades!
¿Y no sospechais?...
MAGIN. Sospecho.
No de vos recien llegada,
que para vos fuera presto.
Sí de alguna camarera
de las que os estan sirviendo.
VIOL. ¿Y qué intentais?
MAGIN. Con sigilo
veinte hombres tengo en acecho:
los unos diez de esta casa;
los diez otros de mi séquito.
Entrar dejarán á todos;
salir, tan solo á los muertos.
VIOL. ¡Jesus! ¿Y capaz sereis?... (Levantándose.)
MAGIN. Honor manda y yo obedezco.
VIOL. (¡Y no poder avisarle!)
Marqués, yo no lo consiento.
MAGIN. ¿Y á vos qué os vá?
VIOL. Nada en suma;
mas cristianamente pienso.
Á más, ¿en qué de esta casa
el honor ofenden terso
de alguna villana humilde
los livianos devaneos?
MAGIN. Quien ve escalar una tapia
con tal recato á un mancebo,
no sabe si es la señora
quien le aguarda en su aposento.
VIOL. ¿Y ha de haber muertes de hombres?
No, marqués, no, yo os lo ruego.
Será algun pobre villano.
Tal vez ignora que en esto
falta al honor de una casa:
tal vez de amor está ciego.
¿No habeis vos amado nunca?
¡Lleva amor á tanto exceso!
MAGIN. Nadie como yo ha rendido
culto ardiente al dios flechero;
mas antes le rindo humilde
al sagrado de este techo.
[Tengo al Moncada jurado

lavar con sangre este suelo:
á su limpio escudo el mio
unido existe años luengos:
nota que en el vuestro caiga,
mancha el mio al par que el vuestro.
Pedid, sobrina, otra cosa;
no me rogueis más en eso;
que aunque en juveniles años,
sé muy bien lo que me debo.

VIOL. ¡Pero Dios mio!...

MAGIN. Es en balde.
De aquí á muy pocos momentos
habrán sonado las doce
y estará el amante dentro,
si no es ya que ha penetrado
del nocturno amor sediento.
Entrar dejarán á todos:
salir, tan solo á los muertos.
—Esta, sobrina, es la historia; (Alzando la voz.)
y aquí teneis por qué velo
en las horas consagradas
al beleñoso Morfeo;
si bien teniendo delante
este trasunto de Vénus,
que á Barcelona convierte
en Olimpo citereo,
aunque insomne y con los ojos
más desvelados y abiertos
que el oji-centíneo Árgos
ó aquel otro lince avieso,
calmo, sosiego, reposo,
descanso, recobro, sueño,
tranquilizo, ronco, estiro,
reparo, repongo, duermo.

VIOL. ¡Hola! ¡el mi paje! (Llamando.)

ESCENA II.

DICHOS, OLIVER.

OLIVER. ¿Señora?...

VIOL. Mis camareras. (Váse el paje.)

ESCENA III.

VIOLANTE, D. MAGIN.

MAGIN. ¿Qué es esto?
VIOL. Es que las doce se acercan.
MAGIN. ¿Y tratais ya en recogeros?
VIOL. Son largas mis devociones.
MAGIN. Santo yo fuera á saberlo.
VIOL. Velad, y que Dios os guarde.
De casa quedais por dueño.
MAGIN. Agora sí que es de noche,
pues del sol se oculta el fuego.

ESCENA IV.

D. MAGIN, CAMARERAS, EULALIA despues. Aparecen las camareras llevando todas objetos de tocador. D. Magin, al verlas, se dirige á ellas muy almibarado y comienza á requebrarlas. Unas le miran y se sonrien; otras bajan los ojos avergonzadas; la última que sale es Eulalia, que se dirige á la puerta izquierda como todas.

¡Oh!... Comitiva de ninfas:
el eden, el... Ese cuello (Á una.)
á algun cisne lo has robado,
salteadora de deseos.
¿Peine llevas? Por tu talle (Á otra.)
llevar mereces un cetro.
Si eres nieve, niña blanca, (Á otra.)
¿por qué yo al mirarte hiervo?...
No te quemes, montañesa, (Á otra.)
que un volcan arde aquí dentro.
Luz, estrella, flor temprana,
sol, capullo, gloria, cielo.
(Á las restantes los dos versos anteriores, y el *cielo* á Eulalia, que es la última, sin reconocerla hasta despues de concluir: entonces le cierra el paso.)
¡Ah! que está aquí la payesa
que hizo á mi mano desprecio.
Dios te guarde, niña hermosa,

Dios guarde tu rostro bello.
Ser servida no quisiste:
agora tú estás sirviendo.
Ya fuiste, payesa, un dia
marquesa en mi pensamiento:
á camarera has llegado.
Bien, payesa, vas subiendo.
Envidia tengo al amante
por quien tanto, niña, has hecho:
aun si es pobre y es villano,
envidia á tu amante tengo.
Si de noche verlo sueles (Con dulzura.
mucha prisa date á verlo;
en mi amor propio me heriste;
de mi herida me aconsejo;
y por saber cómo duermes
aquí esta noche me quedo.

EULALIA. No os comprendo.

MAGIN. Adios te queda,
marquesa en mi pensamiento,
camarera en tu constancia,
Penélope de estos tiempos.
(Apagando la voz hasta que se vá saludando cómicamente.)
Dios guarde tus lindos ojos,
Dios guarde tu rostro bello. (Váse.)

EULALIA. No le entiendo; y sin embargo
este hombre me pone miedo.
—¡Ay mi casita risueña!
—¡Ay mi perdido sosiego!
—¡Ay Roger! Dios te perdone.
¡Ay Roger! ¡Cuánto te quiero!
—¡Ay mi padre! Padre mio,
tú eres venturoso al menos.

ESCENA V.

EULALIA, OLIVER.

OLIVER. ¡Eulalia!
(Desde la puerta del foro y muy bajo.)

EULALIA. ¡Oliver! (Con alegria, yendo hácia él.)

OLIVER. Al cabo
te hallo á solas un instante.

EULALIA. ¿Has ido?

(Bajan al primer término despues de mirar á todas partes.)

OLIVER. ¿No lo quisiste?

EULALIA. Habla, dí. ¿Viste á mi padre?
Cuando llegaste, ¿lloraba? (Rápido.)
¿Qué hacia cuando llegaste?
¿Se alegró? ¿Qué dijo? Cuenta.
Por Dios que nada me calles.

OLIVER. Bajo el emparrado estaba:
oyóme y corrió á abrazarme.
«Dios con bien te traiga, dijo,
que nuevas de Eulalia traes.»
Cual tú, un turbion de preguntas
echó sobre mí anhelante,
y otro, y otro, sin que fuese
posible en mí el contestarle.
Cálmase al fin: el suceso
digo porque más se calme:
lloró el viejo como un niño;
lloró Beltran escuchándole,
lloré yo; y sobre nosotros
dulces lágrimas suaves,
hijas del grato rocio,
lloraron tus viejos árboles.
—Dejé de Beltran en manos
los escudos que mandaste,
y sin atender sus voces
corrí hasta salir del valle.

EULALIA. ¡Pobre padre mio! Y dime,
dí, Oliver, cuando llegaste
¿estaba solo?

OLIVER. Beltran...

EULALIA. No es de él de quien quiero hablarte;
con mi padre, dentro ó fuera
de la casa, habria alguien.
Si se alejó á tu llegada
tú sin duda lo notaste.
¡Oh! Pero hablar no te dejo.
Ya callo: ya escucho, paje.

OLIVER. Sí, sí; al llegar oí á un hombre
despedirse de tu padre.
EULALIA. ¿Y recuerdas sus palabras?
¿su apostura, su semblante?
Dímelo, asi tengas dicha:
cuéntalo, asi Dios te guarde.
OLIVER. Hablaba con voz entera,
asi, como si mandase.
EULALIA. ¡Él era! sigue. ¿Su rostro?
OLIVER. Atezado.
EULALIA. Sí: ¿su talle?
OLIVER. No lo reparé.
EULALIA. ¿Y sus ojos?
—eso sí lo reparaste.
OLIVER. Sus ojos...
EULALIA. Sí, sí.
OLIVER. Pequeños,
verdi-azules, penetrantes.
EULALIA. No, no, no; los del traidor
son negros, velados, grandes.
Ojos que una vez mirados
no pueden nunca olvidarse.
OLIVER. ¡Ingrata! Eso es lo que miras
cuando no miras á nadie.
EULALIA. Mas dime, dime: aquel hombre,
¿cómo le llamó mi padre?
Por tu vida y por la mia
que bien lo recuerdes, paje.
OLIVER. La señora aquí se acerca.
No es bien que juntos nos halle.
—¡Ah! lo olvidaba... Al Pujadas
hacer noche aquí le place.
De ese hombre que has despreciado
bien será que bien te guardes.
Adios. (Váse por el foro.)

ESCENA VI.

EULALIA, VIOLANTE.

VIOL. ¿Eulalia?...
EULALIA. ¿Señora?...

VIOL. Eulalia, tengo que hablarte.
EULALIA. ¿Señora mia?... (Acercándose un poco.)
VIOL. Más cerca.
No debe escucharnos nadie.
Tú, Eulalia, suspiras mucho;
(Tomándole una mano.)
con frecuencia te distraes;
en tus ojos hay dos lágrimas
prontas siempre á deslizarse;
cuando hablas, cuando haces algo
tu mente está en otra parte.
EULALIA. Yo nací en una cabaña;
feliz fuí allí con mi padre:
lloro mi campo perdido;
lloro mi sol y mis aves.
VIOL. Tú no lloras tu cabaña,
ni tu campo, ni tu padre,
ni tu sol vivo y ardiente,
ni tus trinadoras aves.
Tú estás namorada, Eulalia;
tú lloras por un amante.
EULALIA. ¡Yo! (Dejando caer la cabeza sobre el pecho.)
VIOL. Tú estás enamorada.
Tú amas mucho y mucho amaste.
EULALIA. ¡Oh! sí; pero con locura, (Con abandono.)
con un amor delirante.
VIOL. Bendita seas, Eulalia! (Besándole en la frente.)
EULALIA. ¡Oh!
VIOL. ¿Te espanto? En espantarte
razon tienes. Á mis años
cuando á punto se está casi
de dar el adios postrero
á la juventud que parte,
dá miedo el amor; no es ya
el calor dulce y suave,
es la llama que destruye,
que torna en fuego la sangre.
Tú tienes amor, Eulalia,
tú de sus dolores sabes,
por eso, Eulalia, te busco,
por eso aqui quiero hablarte.
—Escucha: si te dijera

de esa misma puerta sale
una estrecha escalerilla
que vá á morir en el parque:
en ese parque impaciente
las doce espera un amante:
ese amante es, niña, el tuyo;
esta llave paso abre...
¿Qué harias?

EULALIA. Pedir de hinojos
que me dierais esa llave
y ser despues vuestra esclava.

VIOL. Bien, bien, no lo erré al buscarte.
Y si te dijera: ese hombre
corre aqui un peligro grave:
si le ven hablar contigo
su muerte es cosa indudable:
al salir, si no le escondes,
van de seguro á matarle.
¿Qué harias entonces?...

EULALIA. Yo...

VIOL. Ir á otra mujer que amase,
que comprendiese tus penas,
que supiera de pesares.
Decirle, al sonar las doce
esa puertecilla abre,
dile «Esperad» al que suba,
escóndele y que se salve.
¿No es asi?

EULALIA. Sí, sí.

PIOL. Pues toma. (Una llavecita.)

EULALIA. ¿Cómo?

VIOL. ¿No lo adivinaste?
¿No adivinaste que abajo
está en espera ese amante,
que es el mio, que lo adoro,
que corre un peligro grave,
que si hablar le ven conmigo
su muerte es cosa indudable,
que si sale, y no lo escondes
van de seguro á matarle?

EULALIA. ¡Jesus!

VIOL. Hace cinco años

le ví, Eulalia mia, en Nápoles—
tierra de amor—nos amábamos
con ese amor anhelante
que hace olvidarse de todo,
que hace hasta de sí olvidarse.
Llamóme mi padre á España,
y disfrazado en mi nave
me siguió: ya en Barcelona,
tres noches, Eulalia, hace
que oye envidiosa esta estancia
sus tiernas y ardientes frases:
Mientras viva el padre mio
mi mano no puedo darle
que no es mi igual: á su muerte
yo sin pensar en linajes
seré su esposa: ¿qué importa
á mi amor tan puro y grande
que un marqués sea ó un pobre
caballero de *parage?* [1]
Mas en tanto que esto pasa
un secreto impenetrable
cubrir debe estos amores.
Hoy ha sabido mi padre
que hay citas en esta estancia,
citas que juzga culpables,
aunque ignora que yo sea
la que espere y la que ame.
Para entrar mi caballero
encontrará el paso fácil;
mas veinte espadas le esperan
en cuanto salga á la calle.

EULALIA. ¡Oh! ¡Señora!

VIOL. Si aqui quedo,
Eulalia, para ocultarle,
si se sabe que le amo,
muerto será en el instante.
Es mi vida, es mi esperanza;
quizá ya aguarde en el parque,
quizá sube la escalera;

---

1 Pechero ennoblecido por sus hechos.

Eulalia, toma esta llave,
escóndele en tu aposento,
hasta que amanezca, guárdale.
yo iré entonces y la Vírgen,
medios dará de salvarle.

EULALIA. De vuestra casa á la puerta
llegué pocos dias hace;
demandaba veinte escudos
con que salvar á mi padre;
rechazóme el mayordomo;
vos, señora, me llamasteis;
los veinte escudos me disteis:
¡por esclava me comprasteis!
Dadme esa llave, señora.
Dadme, señora, esa llave.

VIOL. ¡Oh! gracias. ¿Qué mujer nunca
se vió en caso semejante?

EULALIA. Yo, que para hacer mis dichas
quisiera vuestros pesares. (Rapidez.)

VIOL. ¿Te separan del que quieres?

EULALIA. ¡Ójala me separasen!

VIOL. ¿No te amó?

EULALIA. ¡Pluguiera el cielo!

VIOL. ¿Murió?

EULALIA. No fuera bastante.

VIOL. ¿Corre un peligro?

EULALIA. Á su lado
gozárame en arrostrarle.
No importa á los que bien quieren
que de su amor los separen,
que corra su amor peligros,
que su cariño no paguen.
No importa que muera el uno
si hay cielo donde encontrarle:
lo que importa es haber sido
adorada cuanto es dable,
haber subido á esa gloria
de amor que envidian los ángeles,
para rodar del olvido
hasta el abismo insondable.

VIOL. ¡Dios te haga olvidar, Eulalia!

EULALIA. ¡Dios me dé la muerte antes!

ESCENA VII

EULALIA.

¡Y aun esa mujer se queja
cuando de muerte un peligro
por ella arrostran! ¿Qué haria
si la echasen en olvido?
¡Ya no me quiere!—Á esta idea
acostumbrarme es preciso.—
¡Ya no me quiere!—Hasta ahora
la esperanza me ha asistido.
Cuando mi padre le cuente
que su puro amor de niño
durante diez largos años
mi existencia entera ha sido,
que en él tan solo he pensado,
que otra vida no concibo,
me decia, él que es tan bueno
pondrá fin á mi martirio.
Cuatro noches se han pasado,
¡en amor son cuatro siglos!
el sol me encuentra en la reja;
aun mi Roger no ha venido.
Solo á lo lejos escucho
de un dulce laud el trino:
mi pobre padre en la calle
asi quiere darme alivio:
me dice que él tambien vela,
que tambien sufre conmigo...
¡Yo quiero á quien no me quiere!
¡y á quien quiere tanto olvido!
. . . .
Yo aqui más estar no puedo:
yo campo y sol necesito.
Estas paredes me ahogan,
estos muros me dan frio.
Yo era pájaro del monte;
de un árbol colgaba el nido;
me encierran en una jaula;
tásanme el aire que aspiro...

¡Estas casas son las tumbas
donde entierran á los vivos!

. . . .

Roger está allí, en el campo
por donde juntos corrimos:
volver á verle no puedo:
ya del campo me despido.
Pero él está allí: un recuerdo
despertará cada risco
en su pecho: cada árbol
le recordará un suspiro.
Todo cuanto le rodea,
de no mirarle conmigo
se extrañará: entre aquel mundo
lo ha de extrañar hasta él mismo.
El no ha amado nunca á otra.
¡Eso no, Roger es mio! (Enérgicamente.)
No habiendo amado, mi imágen,
que brotará de continuo
(Tratando de engañarse.)
por dó quiera, á su memoria
traerá nuestro amor de niños.
Querrá verme; querrá hablarme;
á mí vendrá arrepentido;
(Como soñando tanta felicidad.)
le recibiré amorosa;
me querrá como me quiso;
(Con creciente entusiasmo.)
tornarán nuestros amores;
volverán nuestros cariños...
¡Oh, Roger, Roger del alma,
el mundo es un paraiso!...
(Dan las doce en un relej de torre.)
¡Ah! ¡Las doce! Hay quien peligra.
(Al dar la primera campanada.)
¡Gracias mil, cielos divinos!
Cuando hay en el pecho tanta
felicidad, es preciso
hacer bien; asi parece
que el que Dios nos dá partimos.
—¡Qué oscuridad!—Caballero,
no hay nadie; subid tranquilo

(Eulalia ha tomado el candelero, ha abierto la puerta, y sacando el brazo de la escena, figura que alumbra al que sube, hablándole muy por lo bajo. Cuando se supone que está cerca, se retira y vá á colocar el candelero en la mesa del estrado, y al volverse es cuando se encuentra cara á cara con Roger, que ha aparecido en la puerta y se ha desembozado. Eulalia al verlo lanza un grito, y queda apoyada en la mesa al vacilar para caer. Se lleva las manos á los ojos y corre hácia él para cerciorarse de que no se engaña, ciega de emocion y como creyéndose víctima de una horrible pesadilla. Roger escucha atónito, asombrado á su vez de encontrarla allí, y como si su conciencia le recordase su ingratitud. La escena se hará en voz baja al principio.)

ESCENA VIII.

EULALIA, ROGER.

EULALIA. ¡Roger! (Seco.)
ROGER. ¡Eulalia!
EULALIA. ¡Roger!
(Mirándole con estupor.)
Tú no estabas advertido
de encontrarme aqui. ¿Qué buscas?
¿Qué quieres en este sitio?
Tú aqui no vienes por mí.
¡Vienes por otra! Habla, dilo.
Acaba ya de matarme.
¿Por quién aqui eres venido?
(Atropelladamente.)
¿Á quién esperas? ¿qué quieres?
¿Á quién amas? ¡Oh! ¡Dios mio!
¡No lo digas, no lo digas, (Precipitadamente.)
que harto tu vista lo ha dicho!
ROGER. ¡Eulalia!
EULALIA. ¡Si ser no puede!
(Oprimiéndose la frente.)
Diez años pasar he visto
soñando volver á verte;
años... que por los latidos

del corazon he contado:
llega el punto apetecido;
llega el momento dichoso;
te hablo, te escucho, te miro;
apenas creer me es dado
un placer tan infinito;
y entonces, cuando espirante
de emocion y de delirio
voy á lanzar el primero
feliz amoroso grito,
cae el velo de mis ojos,
rásgase el nublado rico
de rosa y nacar, y veo
lleno de horror el olvido!
Quiero huir de tí, de los campos
dó está tu recuerdo escrito...
porque el verte me mataba...
¡¡porque huye el pájaro herido!!
Huyendo... ¡hasta de mí misma!
de esta casa hago mi asilo,
¡y aqui vienes tú! Y no vienes
á gozarte en mi martirio,
—que aun eso te perdonara,—
vienes, amante rendido,
á buscar á otra mujer,
¡una mujer á quien sirvo!
y soy quien te abre la puerta!
quien te espera en su servicio,
quien te llevará á sus brazos...
¡Oh! no: yo sabré impedirlo. (Con frenesí.)
¡Yo mataré á esa mujer!
¡Te mataré! ¡si es preciso!! (Ciega de cólera.)

ROGER. En tí vuelve, hermana mia.
Aun se conserva en mí vivo
el recuerdo de la infancia;
aun aquel santo cariño
en mí despierta memorias
á las que dulce sonrio.
Yo, hermana, no te he olvidado;
yo de tí no me hallo indigno.

EULALIA. ¡Hermana!... No lo repitas,
que harto ya, Roger, lo has dicho.

Que me hubieses olvidado
no era á mis ojos delito.
Yo hubiera muerto de amores
bendiciendo á mi asesino;
con placer hubiera muerto
por venir de tí el martirio.
Pero que otra mujer goce
lo que tengo por tan mio...
¡eso no! De mi cabeza
se ha apoderado el delirio.
¡Tengo celos! Roger, ¿oyes?
¡Celos! Yo que no he sabido
nunca más que amar, detesto,
odio, aborrezco, ¡abomino!

ROGER. Pero, Eulalia...

EULALIA. Oye, Roger,
oye y júzgate á tí mismo.
Naciste en una cabaña:
un pobre te hubo por hijo;
el primer pan que comiste,
por ciudades y castillos
lo fué tu padre pidiendo
de su laud con los trinos.
Tu solar fué una montaña;
tu blason, humildes pinos;
tus servidores, tus manos;
tus armas, un escardillo.
Por vasallo hubiste un perro;
por padre, un bardo mendigo;
por amante, una encajera;
labradores por amigos.
Renegastes de los campos
y del humilde escardillo;
calzaste espuela de oro;
vestiste traje pulido;
quisiste pisar alfombras;
llevar cadenas y armiños;
dejastes por caballeros
los payeses tus amigos...
¡y hasta tu padre dejaras
á hallar un padre postizo!
La encajera del aldea

fué á tu amor objeto indigno:
á una dama te inclinaste
que te hiciera noble y rico.
La abandonada, entre tanto,
en tí el pensamiento fijo,
á tu padre sustentaba
con negro pan y cariño.
Hoy esa dama á ver vienes.
¿Sabes por qué en tu camino
se atraviesa la encajera
que nunca llegó á estos sitios?
Por conservar á tu padre
la choza en que tú has nacido;
por no verle sin albergue
morir de pena y de frio;
¡dos años de mi existencia
á esa mujer he vendido!

ROGER. ¡Tú! ¿Cómo?

EULALIA. ¿Y piensas ahora
gozar de tu bien tranquilo?
No: ¡Dios no quiere! ¡No quiere!
(En este momento se oye tocar en el laud un aire de las montañas de Cataluña, en la parte de la derecha. Roger se estremece: Eulalia parece recobrar nuevas fuerzas, y siempre con alguna entonacion de romance continúa con solemnidad.)
Escucha, escucha esos trinos
que arranca mano caduca
á un laud envejecido.
(Queriéndole llevar á la ventana.)
Es tu padre quien lo pulsa,
que asi quiere darme auxilio
en mi abandono; mas él
no obedece su designió.
¡Conmigo el laud no habla!
El laud habla contigo!

ROGER. ¡Eulalia!

EULALIA. ¿Oyes lo que dice?
«Pan te dieron mis sonidos:
deja la espuela dorada;
deja tu traje pulido;
vuelve á la choza paterna;

yo te reclamo por mio.
¡Torna ya á ser el que fuiste,
mal caballero postizo!»

ROGER. ¡De mí ten piedad, Eulalia,
que sin verlo he delinquido!

EULALIA. ¡Yo con cuello ensangrentado
no sé lamer el cuchillo!

ROGER. Calla, si no ya por mí,
por estar en este sitio.

EULALIA. ¡Donde el delito se hace
¡allí! se purga el delito!

ROGER. Calla, que ya por la casa
antorchas moverse miro.

EULALIA. Son nuestras almas, que penan
en purgatorio de vivos.

ROGER. Por aquello que más quieras,
calla, que siento ruido.

EULALIA. Lo que oyes es tu conciencia,
que á hablarte comienza á gritos!

ROGER. ¡Calla! ¡calla! (Aterrado.)

ESCENA IX.

EULALIA, ROGER, VIOLANTE.

VIOL. ¡Aun aqui!
(Saliendo por la puerta izquierda muy sobresaltada.)

EULALIA. ¡Oh!
(Con feroz alegria.)

ROGER. ¡Violante!—(¡Eulalia, prudencia!)
(Al decirle el anterior aparte Roger á Eulalia, ella lo mira ferozmente, y despues contempla á Violante como halagando una idea de venganza.)

VIOL. ¿Escuchas?
(Á Eulalia, haciéndole notar el ruido del foro.)

EULALIA. ¿No me elegisteis
(Mirándola ferozmente.)
para que abriese esa puerta
y salvase á vuestro amante
por verme de amores ciega?...
Pues ese... ¡ese es el que amo!

VIOL. ¡Ah!

ROGER. Cálmate. (Á Eulalia.)
EULALIA. Ya... ya llegan.
(Con el placer de la venganza.)
VIOL. ¡Por Dios!
EULALIA. No me supliqueis;
no rogueis; no hagais violencia
á vuestro orgullo humillándoos;
no intenteis de esa manera
hacer méritos con él
que os pague luego en ternezas...
porque si á él os acercais,
si con los ojos siquiera
dais á entender que haceis algo
para salvar su existencia,
todo un infierno de celos
que en este pecho se encierra
estalla, y los tres, señora,
nos quemamos en su hoguera!
VIOL. ¡Yo te pierdo!
EULALIA. Yo te salvo;
mas por tí! En mi estancia entra.
VIOL. ¡Vienen! Presto, que me pierdes.
EULALIA. ¡Presto, que te adoro!—Vengan.
(Roger entra por la puerta de la derecha. Eulalia corre un tapiz, que la cubre, y dice *Vengan,* colocándose delante en actitud de cerrar el paso. Violante ha corrido á la puerta del foro y se dirige á Eulalia en el momento en que aparece D. Magin, seguido de la servidumbre de la casa, de Port y de algunos hombres de armas. Traen luces. D. Magin, al ver la actitud de Eulalia, dice á los que le siguen la primera frase, y despues se dirige á ella. D. Magin, siempre ligero y dulce en el decir, solo deja escapar cierta sonrisa de placer satánico. Mucho movimiento hasta el final, y nada de pausas. Las frases más terribles debe decirlas D. Magin muy friamente y como si se tratara de cosas de poca monta.)

ESCENA X.

EULALIA, VIOLANTE, D. MAGIN, PORT, servidumbre de ambos sexos.

MAGIN. Cual lo pensé.—Dios te guarde,
imaginaria marquesa,
que á camarera subiste
y ahora picas en manceba.
—Para inocencia los campos,
(Á los que le acompañan)
para candor las payesas.
VIOL. ¿Marqués?...
MAGIN. Perdonad, sobrina,
si hablo asi en vuestra presencia.
—Un hombre, há breves instantes,
subió por esa escalera;
como sé que no ha bajado,
sé que en la casa se encuentra.
—Los condes de Barcelona,
soberanos de esta tierra,
concedieron á esta casa
privilegios y franquezas,
por los cuales aun se rige
con ser costumbres añejas.
Ni quito rey ni le pongo:
donde hay ley, la ley gobierna.
VIOL. ¿Marqués?...
MAGIN. Acabo, sobrina,
si es que mi amorosa lengua,
hablando á tanta hermosura,
no enmudece y se encadena.
—Dos hembras en esta estancia
la entrada de esotra cierran;
siendo—que sí lo es—la una
de honor el más claro emblema,
la culpa toda en la otra
conmigo pondrá cualquiera,
máxime habiendo sabido
que esa estancia que nos cierra
es el camarin recóndito

donde á Morfeo se entrega.
—Si soy en amor Cupido,
Ulises soy en prudencia.—

VIOL. (¡Piedad, Eulalia!) (Muy bajo y temblando.)

EULALIA. ¡Señora!...
(Con dignidad y sin mover una fibra de su cara.)

MAGIN. Donde hay ley, la ley gobierna.
(Movimiento en la servidumbre.)
—Si, como todos pensamos,
la deshonra que ahora pesa
sobre este suelo, la trae
la reciente camarera,
no hay ya que cerrar el paso,
no hay ya que guardar la puerta;
salir libre puede el hombre
que en esa estancia se alberga,
que nuestra ley no es amiga
de escándalos ni violencias.

VIOL. Y ella tambien será libre; (Rápido.)
y de estas paredes fuera
no trascenderá el secreto
del amor que la enajena.
Todos á jurarme vais
ser mudos como la piedra. (Resuelta.)

EULALIA. (Mas, ¡señora!) (Con indignacion.)

VIOL. (¡Eulalia! ¡Eulalia!)
(Rumor de la servidumbre.)

MAGIN. Donde hay ley, la ley gobierna.
(Á los de la servidumbre que murmuran.)
—Cuando alguna servidora
mancha en este suelo echa,
deshonrando asi la mano
que el pan dá que la alimenta,
en uso del privilegio
que nuestros Condes nos dieran,
mayordomo y maestresala
la servidumbre congregan.
(El mayordomo se le acerca con un gran libro abierto y se coloca á su lado: un paje alumbra al mayordomo. D. Magin habla con rapidez, pero consultando siempre con las miradas al mayordomo, que indica que sí con la cabeza en determinados casos. No se recargue

VIOL.
EULALI

MAGIN. La defensa es un derecho.
EULALIA. Pues yo tengo mi defensa.
VIOL. (¡Por las canas de mi padre!
EULALIA. ¿No las tiene el mio?)
MAGIN. Empieza.
EULALIA. Sí, sí.
VIOL. Eulalia es inocente,
no quiero que se defienda.
MAGIN. ¡Dios nos libre! Que si eso
que ahora decis verdad fuera,
vos seriais la culpada,
y en tal caso la ley nuestra
dá un monasterio por vida.
¡Tan hermosa en una celda!
EULALIA. ¿Una celda solo?
VIOL. ¡Eulalia!
EULALIA. ¿Él libre! ¡él libre?
MAGIN. Á ser cierta
la suposicion que hacemos,
mañana cuando amanezca,
los céfiros de la aurora,
las dulces auras primeras,
columpiarán su cadáver,
que colgado de una reja
recordará á Barcelona
nuestras altas preeminencias.
EULALIA. Poned á la hornilla el hierro;
(Lanzándose al centro de la escena con firme resolucion.)
desatad mi cabellera;
congregad la servidumbre;
abrid la sala bermeja.
VIOL. (¡Gracias, Eulalia!
EULALIA. Silencio, (Con rapidez.)
¡ó á hacer vais que me arrepienta!)
MAGIN. Haced que se abra la sala;
(Despues de encogerse de hombros y como quien no dice nada.)
que se apresten las tijeras;
poned el hierro á la hornilla;
congregad la casa entera.
(En este momento el tapiz que cubre la puerta de la

derecha se descorre rápidamente y aparece Roger en el umbral de ella, puñal en mano y tabardo al brazo. Eulalia y Violante se miran con asombro: no pueden adivinar el rasgo de Roger, y lo escuchan inmóviles. Los demas personajes hacen un leve movimiento, que Roger contiene amenazándoles con el puñal.)

ESCENA XI.

DICHOS, ROGER.

ROGER. No mandeis abrir la sala; (Rapidez.)
no corteis la cabellera;
dejad la hornilla sin hierro;
dejad á la casa quieta.
Haced que venga el Veguer;
que ese magistrado venga;
y que á la cárcel me lleve
y que me mande á galeras.
No llegué aqui por amores;
no llegué aquí por ternezas.
(Arrojando el puñal en señal de entregarse.)
Yo soy del monte un bandido
que vine á robar la hacienda.

EULALIA. VIOL. } ¡Oh! (Horrorizadas y comprendiéndole.)

MAGIN. Sois todo un caballero.
(Á Roger jovialmeute.)

ROGER. Há tres noches que la cerca (Rápido.)
del jardin escalo en busca
de una ocasion. Á esa puerta
hoy llegué cuando á deshora
ví aquí entrar esas dos hembras.
Gente por la casa siento,
que griten temo y me pierdan;
de muerte las amenazo (Ligero.)
si no salvan mi existencia;
intimídanse; me esconden;
oigo que salvarme intentan,
y... robar y asesinar
(Como no pudiendo fingir más.)
es cosa que hace cualquiera;

mas deshonrar no es mi oficio.
(Mirando con ferocidad á D. Magin.)

MAGIN. Por dentro se abrió esa puerta.
(Viendo que la llave está puesta.)
¿Hay cómplices?

ROGER. No los tengo.

PORT. ¡La payesa!

MAGIN. ¡La payesa!

VIOL. (¡Es inocente!) (Á D. Magin.)

MAGIN. ¡Inocente!...
—Sobrina, el lecho os espera. (Rápido esto.)

VIOL. Mas...

MAGIN. (Digo que espera el lecho...)
(Con acento feroz y llevándola á la puerta cogida fuertemente por el brazo.)

PORT. Que se la castigue.
(Al volverse D. Magin y señalando á Eulalia.)

MAGIN. Es fuerza.
Salid.—Preso aquí este hombre
quedará hasta que amanezca.
Que al Veguer se avise luego.

ESCENA XII.

EULALIA, MAGIN, ROGER.

EULALIA. Salvadle.
(Corriendo á D. Magin y cayendo de rodillas.)

MAGIN. (Hay una manera.)
(Bajo y con dulzura. Roger muy apartado)

EULALIA. ¡Todas!! (Rapidez y claridad.)

MAGIN. Nada hacer me es dado
(Inclinándose á ella y riendo.)
por quien mi mano desprecia.
Mas eso que tú me pides
diéralo yo á mi manceba.

EULALIA. Salvadle.
(Despues de hacer un movimiento de indignacion y como quien atropella por todo.)

MAGIN. ¿Me has entendido? (Con malicia.)

EULALIA. Os entendí.
(Con amargura y mirándole con desprecio.)

MAGIN. Sea.

(Frotándose ligeramente las manos.)

EULALIA. ¡Sea!!

(Cogiendo el puñal que arrojó Roger, sin que lo vean este ni D. Magin, y levantándose.)

MAGIN. Esa puerta teneis franca;
quien os la ha abierto os la cierra.

ROGER. (¡Ay, Eulalia, cuánto vales! (Váse.)

EULALIA. ¡Ay, Roger, lo que me cuestas!)

(Cerrando la puerta.)

MAGIN. ¡Ay, payesa de mis ojos!

(Mientras el aparte anterior, ha cerrado la puerta del foro y baja gozoso al verse solo con ella.)

EULALIA. ¡Por allí!...

(Señalándole enérgicamente la puerta del foro para que se vaya.)

MAGIN. ¡Payesa! (Asombrándose.)

EULALIA. Afuera. (Puñal en mano.)
Que las honras que peligran,

(Poniéndose el puñal al pecho.)

para salvarlas se entierran.

MAGIN. ¡Oh! ¡Lucrecia de Sarriá!
Esos ímpetus sosiega,
que ya en mi poder caiste.

EULALIA. ¡Él libre! ¡Quién se me acerca!

MAGIN. Agujas son los puñales

(Sonriéndose siempre y yendo hácia ella.)

en las manos de las hembras.

EULALIA. ¡Ay de vos si dais un paso!

MAGIN. ¡Ay de tí cuando alborezca!

(Con acento terrible.)

EULALIA. Que yo sepa que él me quiere;

(Despreciando su amenaza.)

que libre y salvo le vea...
y el Padre de todos cuide
de darme la gloria eterna.
¡Que para salvar la honra
basta y sobra la payesa!!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Interior de la cabaña de Jaime, cuyos muros dejan ver que han pertenecido á un antiguo edificio que arruinado por un incendio ha venido á sostener el humilde techo de paja y broza que cobija la habitacion. En los muros laterales se conservan algunos arranques de los arcos góticos que formaron la bóveda. Al foro, y cerca del ángulo de la derecha, una gran puerta, dividida en su centro por una pilastra acordonada, que recibe dos arcos rebajados que forman el ingreso de la cabaña, cuyos huecos estarán cerrados hasta la mitad de su altura por unas hojas de puerta groseramente construidas con pedazos de tablas mal unidos entre sí. Frente al público, y en el centro del muro que forma ángulo con la izquierda, una alacena abierta en el grueso de pared, la cual conserva algunos de sus adornos primitivos. Sobre la alacena, y en la parte más alta, una gran ventana ó hueco, por el que se vé un cielo purísimo, cubierto de estrellas. Á derecha é izquierda, primer término, puertas cuyos adornos no estan del todo perdidos. A la izquierda, segundo término, otra puerta sin adornos. Entre la puerta de la derecha y el proscenio habrá una ménsula de piedra, y sobre ella una escultura que represente á *Santa Eulalia*, que respaldada en la cruz en forma de aspas eleva sus ojos al cielo: á sus piés hay una lámpara, cuya luz está para extinguirse.—Por la puerta del foro se verá el valle, á Barcelona y el mar en lontananza. Al levantarse el telon, la escena estará casi á oscuras. Jaime dormido sobre un banco y apoyado en una mesita rústica colocada un poco á

la izquierda. Á lo lejos se oirán los ruidos característicos de la noche en el campo. Port se asoma con precaucion por cima de una de las hojas de la puerta del foro, y sacando un brazo levanta la aldaba que la cierra y desaparece un momento de la vista, entrando luego envuelto en una capa y examinando la escena á favor de una linterna sorda.—Vé á Jaime y retrocede: se cerciora de que duerme y vuelve á registrar la habitacion: vé la alacena, la abre y coloca en ella varios objetos que trae bajo la capa, y váse cerrando la puerta tras sí: al ruido que hace despierta Jaime sobresaltado.

ESCENA PRIMERA.

PORT, JAIME, dormido, BELTRAN, despues.

PORT. ¡Ah!... Duerme.—En esta alacena...—
¡Bien! Si caen en el lazo
hecha está mi suerte. (Váse.)

JAIME. ¿Eh?... (Despertando.)
Jurara haber escuchado...
Nadie.—Rumores nos finge
nuestro propio sobresalto.
Beltran! (Llamando.)

BELT. ¿Señor?
(Saliendo por la puerta izquierda.)

JAIME. Esa lámpara
lanza sus últimos rayos.

BELT. Ya el alba por las tinieblas
entrándose vá á buen paso.

JAIME. Su luz temo, aunque la ansio.

BELT. ¿Has dormido?

JAIME. He dormitado.
¿Eulalia?

BELT. Ya más tranquila,
tregua á sus lágrimas dando,
imagínome que reza.

JAIME. Bien hace.

BELT. Sí, que es milagro
que al buen paje le ocurriera

dar con el vino mezclado
al Pujadas, el beleño
con que aduermen á su amo
cuando el dolor más le arrecia,
y logrando aletargarlo
hacer escapar á Eulalia.

JAIME. Llama á Roger.—El descanso (Váse Beltran.)
del que sufre lo que sufro
fatiga más que el cansancio.

(Roger sale por la puerta de la derecha, y tras él Beltran con otra lámpara encendida, que coloca sobre la ménsula. Jaime le indica que se marche al ver que se detiene. Roger no se atreve á alzar los ojos ante su padre.)

ESCENA II.

JAIME, ROGER.

ROGER. ¿Señor?...

JAIME. ¿Qué has hecho, Roger? (Con energia.)

ROGER. ¡Padre!

JAIME. No padre te hablo.
(Con dolor y sequedad.)
Á una que por hija tengo
has muerto y has deshonrado.
No es tu padre; es el de Eulalia
el que agora te está hablando.

ROGER. Señor, pobre me criaste
en este retiro grato.
El horizonte que via
por montañas limitado,
no lo era á mis ojos: nunca
dí al mundo mayor espacio;
nunca supe lo que habia
mas allá del *Tibi-dabo*.

JAIME. Prosigue.

ROGER. El tiempo corria;
hombre fuí siendo, y tú anciano.
Cuando al caer de la tarde
volviamos del trabajo

gustabas junto á la lumbre
recordar tus verdes años,
tus rudos lances de guerra,
tus floridos triunfos gayos.
La pobre niña te oia
como quien oye un relato
de brujas y encantamentos
rico en colores prestados;
yo, como quien vé una vida
que en sueños ha columbrado.
Comencé á juzgar estrecho
este horizonte antes ancho;
comencé á pensar que el mundo
tenia mayor espacio;
¡quise saber lo que habia
más allá del *Tibi-dabo*!
—Camino de *Vall-Vidrera*
subí un dia, esto pensando;
traspuse el monte; ví un valle
de otras montañas cerrado;
crucé el valle; á la montaña
trepé como un loco, ansiando
ver lo que tras ella habia,
y hallé otro valle cercado
por montañas; y de nuevo
sentí el deseo insensato
de trasponer aquel monte
y ver más allá otros campos.
—Tarde volví á casa, triste
en lo que ví imaginando.
«Ya que no puedes, te dije,
padre, armas darme y caballo,
dame la tu bendicion
y vénia para dejaros,
que ansiando estoy correr mundo
y hacer fortuna anhelando.»
JAIME. «¿Y adónde irás?» Yo te dije.
ROGER. «Á dó hagan falta soldados.»
Y dí conmigo en Italia,
del mundo codicia y pasmo.
Yo imaginaba ciudades
como este pueblo en que estamos,

y ví Romas y Venecias
de mudo asombro pasmado.
Yo imaginaba mujeres
como Eulalia; y con espanto
ví damas, cuyos diamantes
con mil luminosos rayos
aun más que los de sus ojos
dejábanme deslumbrado.
Ella quedó en esta tierra;
yo fuí á un mundo nuevo y ancho:
ella, viendo lo que siempre,
pasó el tiempo recordando;
yo, absorto en lo que miraba,
al alma no daba espacio (Como despreciándose.)
para recordar: asi
volvimos, padre, á encontrarnos;
ella de mi amor viviendo,
¡yo de su amor olvidado! (Con dolor.)

JAIME. Matárasla norabuena;
mataras tu padre anciano,
que de su cariño vive,
que come de su trabajo:
matárasla norabuena;
¡no la hubieras deshonrado!

ROGER. Padre, lo que á vos dolores,
muerte me dá.—Cinco años
corrí tras de la fortuna,
que huia ante mí: los pasos
que tras ella en balde daba,
en aquel suelo italiano
desde Nápoles á Roma
dejó mi sangre marcados.
—Una noche, hambriento y roto,
mal herido y desangrado,
sin un mal lecho de paja
donde morir, sin un palmo
de techo, que mi cerebro
por la fiebre devorado
cobijase, sin siquiera
un pensamiento cristiano,
que de mi mente alejara
el pensamiento halagado

de arrojarme al golfo inquieto
que hierve al calor cercano
del Vesubio, discurria
de esta idea acompañado
por las calles solitarias
de la ciudad.—Alumbrado
por mil arañas radiantes,
por sus cien balcones dando
paso á la armonia y risas
de un espléndido sarao,
de improviso, ante mis ojos
ví aparecer un palacio.
Una dama, cuyo rostro
ver no pude, deslumbrado
por las perlas y diamantes
que ostentaba, de la mano
de un apuesto caballero,
apenas hollando el mármol
de la escalera, llegaba
á la puerta, en que esperando
uncidos á una carroza
piafaban cuatro caballos.
Yo, por huir de una dicha
que acrecentaba mi daño,
cruzo la calle; á este punto
la carroza como un rayo
parte hácia mí: correr quiero;
niéganse mis pies cansados;
siento aquí el aire caliente
lanzado por los caballos;
(Con rapidez y horror.)
vacilo, el sentido pierdo...
¡y bajo las ruedas caigo!

JAIME. ¡Basta, Roger!—Esa dama
es la que en tu desamparo
te amparó; la que más tarde
con su amor te hizo olvidarnos;
la que luego tras su huella
á Barcelona te trajo. (Con indignacion.)

ROGER. Sí, sí... (Confundido.)

JAIME. ¿Y porque fuera hermosa
y tú débil y liviano,

porque fuera rica y noble
y tú ambicioso y menguado,
la honra de Eulalia olvidada,
más limpia que el sol es claro,
debe inmolarse al secreto
de esos amores incastos?
La honra de Eulalia no es nuestra:
en depósito sagrado
diómela un príncipe ilustre,
que está en el cielo mirándonos.
Tomáras mi honor y el tuyo;
echáraslos en el fango.
¡Solo un ¡miserable! vende
prenda que á guardar le han dado!!

ROGER. ¿Qué decis?

JAIME. Lo que mi pena
á voces me está gritando.
Agora que está en peligro,
agora es, Roger, llegado
el tan temido momento
de hallar los que la engendraron.
Díme, dime con qué rostro
debo correr á encontrarlos;
que como nunca en las cosas
que ponen vergüenza trato...
¡hecho no tengo este rostro
á ponerse colorado!
(Con entereza y en el mayor desconsuelo.)

ROGER. Mas, señor...
(Jaime vá á la derecha y saca de la ménsula en que está Santa Eulalia un pliego que besa y dá á Roger.)

JAIME. ¡Toma! Este pliego,
que me dió el príncipe Cárlos,
vá á decirnos ante quiénes
tenemos que avergonzarnos.
Lee. (Se descubre.)

ROGER. ¡Oh! (Rompiendo el sobre.)

JAIME. ¡Eulalia! (¡Ocúltalo!)
(Aparece Eulalia.)
(No sepa en lo que tratamos.)
(Jaime, que ha tomado la luz, al pasar al otro lado

para alumbrar á Roger, vé á Eulalia y dice á Roger que oculte el pliego muy por lo bajo. Eulalia permanece inmóvil en el dintel de la puerta primera izquierda. Roger coloca el pliego en el mismo sitio en que estaba á una señal de Jaime, y de pronto se vuelve como asaltado de una idea y dice á su padre con sobresalto y rapidez el aparte.)

ROGER. ¡Ah!—(Señor, doña Violante
que aquí vendrá me ha avisado
en breve... ¡Si la vé Eulalia!...)

JAIME. ¡Esto más! ¡Corro á evitarlo!
—No fueras el hijo mio, (Muy por lo bajo.)
no te hubiera yo engendrado,
y aquí te despedazara
¡miserable! entre mis manos!
(Hace un movimiento hácia Roger, que ha quedado confundido al ver á Eulalia: esta dá un paso hácia Jaime, que al verla se contiene y vá hácia ella con dulzura, la besa en la frente y se marcha rápidamente por el foro. Ligerísima pausa. Roger inmóvil y con la cabeza caida sobre el pecho. Eulalia avanza lentamente hácia él.)

ESCENA III.

ROGER, EULALIA.

ROGER. ¡Dios mio! ¡Dios mio! (Abrumado.)

EULALIA. (¡Solo!)
(Queriendo cobrar fuerza.)
Roger, ¿me perdonarás? (Con dulzura.)

ROGER. ¿Yo perdonarte? ¿Qué dices?
(Con asombro y conmovido.)

EULALIA. Mira. Yo te he hecho penar;
pero sin imaginarlo,
sin gusto, sin voluntad.

ROGER. ¿Tú? ¿Qué dices?

EULALIA. Yo soy buena;
yo hacerte no quiero mal.
Pero al verte, Roger mio,
junto á esa mujer, que á odiar
me incita no sé qué cosa

que aquí royéndome está,
enloquezco, y no soy mia,
y comienzo á delirar.
Pero si tú me perdonas
y Dios su amparo me dá,
yo pondré toda mi alma
en no causarte pesar;
me acostumbraré á la idea
(Esforzándose por aparecer tranquila.)
de que ella tuya será;
llegaré á aprender el modo
de poder llegarla á amar...
y si al verme arrepentida
sentís hácia mí piedad,
os pediré en vuestra casa
un rincon donde habitar
para oirte, para verte
lleno de felicidad,
para criar vuestros hijos,
que acaso asi me querrán,
para enseñarles yo misma
¡tu nombre á balbucear!
Perdóname, Roger mio,
que Dios te perdonará.

ROGER. ¡Yo á tí? Eulalia, no me mates,
ó acábame de matar. (Con desesperacion.)
De tu amor y honor perdidos
cuentas venme á demandar.
Ven mujer, no vengas ángel,
que eso á mí mejor me está.

EULALIA. De mi amor y honor perdidos
no te vengo á demandar. (Mucha sencillez.)
Quien dispone de lo suyo
cuenta alguna á nadie dá.

ROGER. ¿No por mí fueron perdidos?
¡Á eso yo no dí lugar?

EULALIA. ¡Pues por tí perdidos fueron,
bien perdidos estarán!
¿No estoy yo por tí perdida?
¿Por tí el alma no lo está?
¡Qué importa si vá la arena
á dó vá toda la mar!

ROGER. ¡Calla! ¡Calla!
EULALIA. ¿Algun derecho
(Con dulce ingenuidad.)
tengo yo á tu amor quizás?
Me quisiste, me olvidaste.
¿Pues acaso borrará
este olvido aquella dicha
que te plugo antes me dar?
—Cuando anoche, rodeada
de terror y oscuridad,
hácia el pueblo, en que he crecido
junto á tí, lleno de paz,
corria,—menos que huyendo
riesgos que dejaba atrás
por mirarte,—parecia
que el pueblo huia tenaz
ante mí; que á cada paso
más se me alejaba y más.
¿Sabes lo que yo decia?
«Á Roger quiero alcanzar;
Dios que marca las distancias
se lo lleva más allá.» (Conformada.)
ROGER. No te acuerdes del que he sido:
recuerda mi amor falaz;
piensa que tras otra corro;
que el quererme te es fatal.
EULALIA. Si no puedes tu memoria (Con entereza.)
de mi pecho ya arrancar
¿qué importa que allá te vayas (Con energia.)
si te quedas siempre acá? (En el corazon.)
ROGER. ¡Aborréceme, despréciame!
Yo tu amor no sé apreciar;
te olvidé; te he dado celos.
Piensa en esto y me odiarás.
¡Por salvar el de mi dama
tu honor quise ayer manchar!
EULALIA. Tu perdon y una memoria.
¡Tu perdon... pero con tal
que esa dama no me nombres,
que de ella no hablemos más;
que aun no he hallado la manera
de poder llegarla á amar.

ROGER. ¡Eso, aborréceme!
EULALIA. ¡Yo!
Ten de mí, Roger, piedad.
Mis pesares no acrecientes,
que hartos tengo que llorar.
ROGER. ¡Tú, qué sabes de pesares (Con dolor.)
si no los diste jamás?
Para aquel que tiene un resto
de honradez y probidad,
no lo son los que recibe,
¡son pesares, los que dá! (Con energía.)
EULALIA. ¡Yo soy tú! los que me has dado
á tí mismo te los das. (Con sencillez.)
ROGER. Calla, calla, Eulalia mia. (Con pasion.)
EULALIA. ¡Tuya!! Me haces delirar. (Loca de alegria.)
ROGER. Las cenizas de aquel fuego,
que en nuestra infantil edad
feliz ardió para entrambos,
no heladas, Eulalia, estan.
A esa mujer, que aborreces,
y que ya no puedo amar,
ligado estoy por un vínculo
de gratitud, que es dogal
que me ahoga, y que no puedo
nunca romper ni cortar!
Lejos de tí yo la amaba,
—creia amarla quizás;—
pero al verte, al ver anoche
de tu amor la inmensidad
junto al suyo... ¿quién prefiere
al diamante un vil cristal?
¡Yo te quiero! ¡yo te adoro!
EULALIA. ¡Eso! ¡sí! engáñame más. (Fuera de sí.)
Aire dame, dame vida:
(Sin poder hablar de emocion.)
muera luego al despertar.
¡Sueñe agora; y venga helada
tras esto la realidad!...
(Como desafiando al dolor.)
que no quita su tormento
la ventura del soñar!!
ROGER. Tengo sed; miro la fuente

(En la mayor desesperacion.)
que agua me brinda y solaz;
estirando mi cadena
(Como sintiéndose atado.)
el agua llego á tocar;
¡desde la mano á la boca
(Acompañando los versos con la accion.)
toda el agua se me vá!!
¡Esta cadena maldita
(Como pugnando por romperla.)
yo no la puedo truncar!!

EULALIA. Si me quieres ¿qué más quiere
la Payesa de Sarriá!
(Loca de alegria y con toda la voz.)

ROGER. ¡Te amo!
(Acercándose á ella y como si se le extinguiera la voz por quererlo decir con mayor energia.)

EULALIA. ¡Te amo!

ROGER. ¡Te adoro!
(Con entusiasmo, y conteniendo los latidos de su corazon.)

OLIVER. ¡Oh! ¡No es tarde! ¡Eulalia? (En el foro.)

EUL. y ROG. ¡Ah! (Separándose.)
(Oliver aparece en el foro, rendido de cansancio, en el momento en que Roger dice: «Te adoro.» Oliver se coloca en medio de los dos, que se han separado al verlo.)

ESCENA IV.

DICHOS, OLIVER.

OLIVER. El tiempo es precioso:
tu riesgo se acerca:
aplaza y no alargues (Con amargura.)
las pláticas tiernas,
que estan los peligros
llamando á tu puerta.

EULALIA. ¿Qué dice? (Rápido.)

ROGER. Habla presto.

OLIVER. Del riesgo en que puesta

por vos quedó anoche,
astuto salvéla (Con orgullo infantil.)
durmiendo al Pujadas.
Mas no bien despierta, (Á Eulalia.)
de tí nuevas pide,
que nadie le lleva:
vá, viene, demanda,
registra, blasfema,
los jueces avisa,
con ellos se encierra...

ROGER. ¿Y qué?

(Roger y Eulalia cada uno por su lado le estrechan más, escuchándole con viva ansiedad.)

OLIVER. Allá los dejo;
que entonces mi dueña
á damas y pajes
llorosa nos ruega
que aqui la sigamos.

EULALIA. ¡Oh! no, que no venga.

(Con sobresalto y pasando junto á Roger.)

OLIVER. Mitad del camino
tu padre la encuentra;
por ella pregunta;
se apartan; conversan;
y al fin, sin que nadie
qué pasa comprenda,
con él de Pedralbas
tomamos la vuelta.
Dormida el aurora,
fragosa la senda,
me escapo; á tí llego;
te doy estas nuevas.
¡Tramando el Pujadas,
en marcha mi dueña,
cercana ya escucho
rugir la tormenta!

ROGER. Huyamos, Eulalia.

OLIVER. Aun tiempo nos queda;
aun no es bien de dia.

(Interponiéndose entre los dos y mirando á Roger.)

ROGER. ¡Benditas tinieblas!
Á tierras lejanas

que huyamos es fuerza.
OLIVER. Es débil y niña;
llegar no pudiera.
ROGER. Yo tengo un caballo.
OLIVER. Ponedle la rienda.
(Indicándole que se marche en el acto.)
ROGER. Por mí, ¡hasta del suelo
nativo te ausentas!
EULALIA. La tierra divina
dó estampes tu huella;
la tierra en que escuche,
tan loca y tan ciega, (Con abandono.)
tus frases de amores,
que el alma enajenan;
la tierra en que aspire
el aire que dejas
salir de ese pecho,
que abrasa y que quema...
¡aquella es mi patria!
¡mi gloria es aquella!
(Roger le toma la mano, se la besa, y se marcha por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA V.

EULALIA, OLIVER.

Apenas Oliver vé desaparecer á Roger, se lanza hácia ella y le dice muy por lo bajo y con mucha energia.

OLIVER. Eulalia, escapemos.
EULALIA. ¡Sin él! (Con asombro.)
OLIVER. Calla y vuela. (Bajo y claro.)
Minutos perdidos
son siglos de penas.
EULALIA. ¿Qué dices? (Atónita.)
OLIVER. Que lobos
no guardan ovejas.
Mi dueña le quiere;
él quiere á mi dueña.
EULALIA. ¿Qué importa, si agora
mi amor lo encadena!

OLIVER. Te engañan, Eulalia.
Yo sé bien que ella
le ha escrito esta noche.

EULALIA. ¡Esta noche!—¡Cesa!—
Aquello que al verme

(Separándose y para sí, como recordando y dando de nuevo entrada en su pecho á los celos. De pronto se dirige á la ménsula; saca el pliego, que vió esconder á Roger, y lo estruja convulsivamente entre sus manos. Oliver entre tanto ha subido al foro y mira con zozobra é inquietud unas veces para fuera, y otras para la puerta por donde se fué Roger.—Cambio completo en Eulalia.)

con mano ligera
ocultó!...—¡Ah! ¡Dios mio!
¡Aquí está la prueba!

OLIVER. Eulalia, ¿qué haces?
Momento no pierdas.

EULALIA. ¡Un pliego!—Y brotaba

(Desdoblándole y contemplándole con rabia.)

su pérfida lengua
de amores divinos (Rápido.)
raudal de promesas!

OLIVER. ¡Por Dios! (Desde el foro.)

EULALIA. ¡Me vendia! (Sin oirle.)

OLIVER. Corramos, que llegan.
¡Gran golpe de gente,
con hachas, se acerca!

EULALIA. ¿Qué importan mazmorras,
qué importa ser muerta,
si ya tengo celos? (Oliver al foro.)
¿Qué hablan estas letras?
¿Qué regalos dicen? (Pugnando por leer.)
¿qué palabras tiernas?
¿qué lánguidas frases?
¡qué amores! ¿qué quejas?

(Frenética se lleva el pliego á los ojos y lo arruga entre sus crispadas manos.)

OLIVER. ¡Eulalia, por Cristo! (Bajando.)

EULALIA. ¿Qué hablan estas letras?
¡Mi muerte; mi luto; (Contestándose.)
por eso son negras!! (Atropelladamente.)

¡Malditos los ojos
que no las penetran!!

OLIVER. Yo sé descifrarlas!

EULALIA. ¡Ah! ¡Toma!

(Dándole el pliego loca de alegria.)

MAGIN. ¿Payesa? (Con dulzura.)

(D. Magin aparece en el foro seguido de Port.—Eulalia al oirlo se estremece y se vuelve rápidamente arrebatando el pliego á Oliver.—Port se queda fuera de la casa, dejándose ver de cuando en cuando. Oliver queda aterrado, y pasado el primer movimiento se dirige al foro para observar. D. Magin habla como siempre con cierta dulzura, pero como quien ha tomado una resolucion y está seguro del éxito. Eulalia contesta á veces maquinalmente: toda su atencion está en el pliego que estruja entre sus manos y cuyo contenido solo la preocupa.)

ESCENA VI.

EULALIA, OLIVER, D. MAGIN, PORT, al foro.

EULALIA. } ¡Oh!
OLIVER. }

EULALIA. ¡Siempre este hombre!

OLIVER. (¡Perdióse!)

MAGIN. No temas. (Bajando.)
De un crímen te acusan,
del cual tengo pruebas.
Yo, dando al olvido
tu gran mal-querencia,
salvarte pretendo
si no me desdeñas.

EULALIA. ¡De un crímen, que es falso,
pensais que quisiera (Con asombro.)
salvarme cobarde
con culpa, que es cierta?
No á infamias recurre (Con arrogancia.)
quien tiene inocencia.

MAGIN. Yo todo lo puedo,
(Eulalia vuelta de espaldas contempla el papel.)
constante encajera.

EULALIA. ¡Podréisme hacer mala
(En un arranque de indignacion.)
si ¡Dios! me hizo buena?
MAGIN. Podré, si lo quiero,
ponerte en cadenas.
EULALIA. Al cuerpo tan solo (Con desprecio.)
podeis vos ponerlas.
¡De Dios rayo puro, (Con solemnidad.)
divino en su esencia,
el alma se escapa
y al cielo se eleva!
OLIVER. (La casa han cercado;
(Bajando del foro: rápido y bajo á Eulalia.)
el paso nos cierran.)
MAGIN. Pronuncia una sola
palabra halagüeña,
y en salvo te pongo.
EULALIA. ¿Yo infamia en la lengua? (Fuera de sí.)
Quien tiene en el alma
virtud y pureza,
y aliento en el pecho (Con energia.)
y sangre en las venas...
ni evita peligros,
ni riesgos la arredran,
(Atropelladamente.)
ni baja los ojos,
ni pide, ni ruega,
ni miente favores,
¡ni escucha bajezas!
—(¡Ven, paje, á leerme (Transicion.)
mi horrible sentencia!!
(Con acento desgarrador y muy bajo al paje, mostrándole el pliego. Váse precipitadamente por la primera puerta derecha, sin mirar á D. Magin, que la vé marchar con asombro y sonriéndose malignamente. Oliver se vá detras de Eulalia, y al marcharse dice los versos siguientes con infantil complacencia, señalando á D. Magin.)
OLIVER. Cari-acontecido
el viejo se queda. (En la puerta al entrar.)

ESCENA VII.

D. MAGIN, PORT.

MAGIN. Penélope sigue
(Mirando á la puerta con rabia.)
labrando su tela.
—¡Bien!—¡Port!
(Con resolucion y llamando.)
PORT. ¿Señor?
MAGIN. (Sombrio y bajo.) ¿Dónde?
PORT. En esa alacena.
MAGIN. ¿Todo?
(Ha dejado por un momento su dulzura y su rostro afable.)
PORT. Todo.
MAGIN. Avisa.
PORT. ¿Señores?... (Llamando desde el foro.)
ROGER. (¡Ah!)
(Aparece en la puerta de la izquierda y se sorprende al ver á D. Magin y á los otros que entran.)
MAGIN. (Es fuerza.)

ESCENA VIII.

D. MAGIN, PORT, ROGER, el VEGUER, acompañamiento de este y séquito de D. Magin. Algunos con hachas encendidas.

MAGIN. Señor Veguer, cual creia
(Roger permanece á la puerta sin ser visto hasta el momento oportuno.)
se guarece aquí y se alberga
la criminal; cual nos dicen,
del hurto hallaremos pruebas.
Algunos, aquí presentes,
la vieron anoche trémula
al acusarla de cómplice
del bandido de la sierra,
que, merced á sus astucias,
logró escaparse con ella.

Preseas faltan de casa;
murmuran que aquí se encuentran:
registrad; y si esto es cierto,
¡que plegue á Dios no lo sea!...
(Con refinada hipocresia.)
yo, don Magin de Pujadas!
vástago de planta régia,
marqués de las Guillerias,
noble á la par de su alteza,
á vos el Veguer magnífico,
—Minos justo, Thémis recta,—
en uso del privilegio,
que nuestros condes nos dieran
de hacer lo que bien quisiéremos
en las personas y haciendas
de los *lladres*, que hurtar traten
cosa que hayamos por nuestra,
os pido en ley y en derecho
que á esa Eulalia la encajera
pongais al punto en mi mano
que, aunque jóven, es egregia.

ROGER. Y yo, Roger Rocafort, (Adelantándose.)
que peché y hoy calzo espuela;
yo Roger, hijo de Jaime,
—cuya lanza aunque pechera
en Aibar desde la silla
dió con tu hidalguia en tierra;—
yo, hombre libre y caballero,
si en tu dicho perseveras,
te digo, marqués, ¡que mientes
por toda esa boca artera!...
y digo que mienten todos
los que tu dicho sostengan,
y tus deudos y los suyos
y... ¡hasta el pan! que os alimenta.
Esto mantendré tres dias
(D. Magin lo oye con desden.)
en liza á todos abierta,
á pié, á caballo, con lanza,
con espada... ¡ó á la greña! (Con ferocidad.)
¡Y si este reto no admites,
si este guante alzar temieras... (Lo arroja.)

¡por la cruz de Llabayol
juro arrancarte la lengua!!

MAGIN. Veguer magnífico, ese hombre
(*Con la sonrisa de siempre.*)
es el que anoche en la excelsa
mansion de Moncada dijo
que á hurtar vino allí la hacienda.
Pon su persona en mis manos.

ROGER. ¡Por san Jorge! Á punto llevas
(*Mirándolo con lástima y desden.*)
la mengua, que en tí estudiaran
aun los más menguados ¡mengua!
Tú sabes por qué tal dije;
tú sabes que aunque tal fuera,
no era mi cómplice Eulalia;
que á hablar yo lo que honor veda,
los orgullosos cuarteles
del blason, que tanto precias,
al aliento de mis labios
mancha afrentosa cubriera!

MAGIN. Mordaza sabré ponerte.

ROGER. ¿Quién á ponérmela llega?

MAGIN. Somos muchos y eres solo.

ROGER. ¿Y eso ¡cobarde! te alienta?
¡Si de Sarriá la campana
ronca al somaten congrega,
y el salvaje *Via-fora*
retumba de peña en peña,
contra tí serán conmigo
cuantos estos campos pueblan,
¡de Bell-Esguar á Pedralbas,
de las Corts á Vall-Vidrera!!

ESCENA IX.

DICHOS,—EULALIA, OLIVER.

Durante los versos anteriores han aparecido en el umbral de la puerta derecha Eulalia y Oliver: la primera pálida y con la fisonomia descompuesta, vacila y se apoya en el hombro de Oliver. Parece que ocupada en otra cosa no oye lo que pasa en la escena: trae en la mano el pliego abierto. El paje, tambien conmovido, se seca las lágrimas al aparecer en la puerta, y trata de ocultar su emocion y de comprender lo que allí está pasando. D. Magin, sin atender á la amenaza de Roger, que escucha con desden, dice «Registrad» despues de hacer un movimiento de desprecio. Port, seguido de algunos con hachas encendidas y de ajentes de justicia, penetra en la habitacion de la izquierda. Roger está ciego por la cólera, y quiere lanzarse sobre D. Magin cuando vé á Eulalia.

MAGIN. Registrad.

ROGER. ¡Lladre mi Eulalia!

EUL. y OLIVER. ¡Oh! (Comprendiendo los dos de un golpe lo que pasa.)

MAGIN. Buscad y hablen las pruebas.

ROGER. Hablen.

(Movimiento de todos al ver á Eulalia: algunos se apartan de ella.)

OLIVER. ¡Que escupis al cielo!

(Por lo bajo á D. Magin con horror.)

MAGIN. ¡Rapaz!... (Indignado.)

EULALIA. ¡Oh, señor, prudencia!

(Con respeto y temblando.)

ROGER. Déjale: dentro esta casa
de un crímen busca las huellas:
este hogar honrado y santo
nunca á miradas se niega.

PORT. Nada hallamos.

(Saliendo y con cierta socarroneria.)

ROGER. ¿Lo estais viendo?

(Movimiento de todos.)

MAGIN. Y si es asi, ¿por qué tiembla?

EULALIA. No tiemblo por mí, es por vos. (Trémula.)
MAGIN. ¡Nada teme la inocencia!
EULALIA. Sí; temo que la calumnia
contra vos mismo Dios vuelva.
MAGIN. Buscad. (Á los que salieron y siguen buscando.)
EULALIA. ¡Oh! Señor, señor, (Casi de rodillas.)
mira que buscas tu afrenta.
MAGIN. La tuya; pues que en tu casa (Colérico.)
se ocultan esas preseas.
EULALIA. ¡Calla, señor! y si es cierto
(Levantándose horrorizada, y con tono solemne.)
que aqui ocultarse pudieran,
no á Dios pidas que las ponga
en donde ojos puedan verlas...
¡antes un rayo encendido
pide á Dios! (Con terror solemne.)
PORT. Vedlas.
TODOS. ¡Oh!!
MAGIN. Vedlas.

(Port, que ha estado haciendo que buscaba, abre la alacena, y mostrando las alhajas, que á la luz del hacha que tiene en la mano dejan distinguir su mucho valor, dice «*Vedlas*» con satánica expresion. Eulalia lanza un grito de dolor. Roger está atónito. D. Magin, con una sonrisa apenas perceptible, las señala con placer salvaje: movimiento general y general exclamacion; en unos de indignacion, en otros de lástima. Oliver se cubre la cara con las manos. Todo instantáneo.)

EULALIA. ¡Dios con vos es implacable (Á D. Magin.)
y su justicia ¡tremenda!
MAGIN. Ved. (Al Veguer.)
EULALIA. ¡Oid, oid mi historia,
y acatad la Providencia!
Mi honra me pide contarla.
¡Mi honra, señor, es la vuestra!

(El primer «*Oid*» es á cuantos estan en la escena, colocándose en el centro de esta y haciendo que se le acerquen, en medio del dolor más profundo, pero como obedeciendo á un impulso sobrehumano. El segundo á D. Magin, siempre humildemente, pero con cierta solemnidad y señalando el pliego que aun con-

serva en las manos. Ligerísima pausa. Mucha dulzura de entonacion en los versos siguientes, y mucho cambio de modulaciones, suaves y secas segun la frase lo exija. D. Magin empieza á oir con extrañeza; á poco comienza á cambiar su fisonomia, y como si las fuerzas le fuesen abandonando vá dejándose caer en el escaño que está á su espalda; pero esto se hará de una manera imperceptible. Eulalia vá siguiendo sus movimientos sin notarlo casi, y siempre cerca de su oido continúa su historia cada vez más conmovida. Lo que en los demas intervalos debe pasar se deja adivinar fácilmente.—Eulalia en el centro.—D. Magin á su derecha.—Roger á la izquierda.—Oliver á la derecha de D. Magin, con la cabeza caida sobre el pecho y sin prestar atencion.—El Veguer detras de D. Magin, y los demas cerrando el cuadro.—Port, desde el extremo izquierdo de la escena, escucha con expresion de incredulidad.)

La luz al mundo abandona;
la noche sus sombras tiende;
un ginete el aire hiende
camino de Barcelona.
Del monte que se eslabona
formándola inmenso muro
raudo desciende en lo oscuro;
ya se oculta; ya aparece;
más que humano ser, parece
sombra que evoca un conjuro.

—

¿Vá á su dama? ¿Huye un horror
que el pecho cobarde abulta?
Castillo que el monte oculta
podrá decirlo mejor.
De pechos al mirador,
que él escaló poco há,
vése á una dama que ya
llora perdidos consejos.
—Un centinela, á lo lejos,
murmura ¡que alerta está!—

—

Pasó un dia; y veinte; y cien;
meses y meses corrieron.

¡Ojos que al ginete vieron
ciega el llanto y no le ven!
No se lo arranca el desden
del que sus viles hazañas
ocultó en tierras extrañas;
tampoco su honor perdido:
¡llora... por el ser querido
que se agita en sus entrañas!

—

Viejo honrado el llanto vió;
lavar su honor trata fiero:
era padre y caballero;
por no matarla, murió.
Sola en el mundo quedó;
Cataluña en guerra hervia;
tres noches despues, huia,
sola y cercada de horrores,
á los rojos resplandores
de su castillo que ardia.

—

¿Qué intenta la castellana
que riesgo tanto no mide?
Á cuantos vé nuevas pide
del príncipe de Viana.
Él la amó como á su hermana;
él amparará al divino
ángel por quien al camino
niña y débil se ha lanzado:
si á él llega, si está á su lado,
ya rugir puede el destino.

—

Anda; y anda; y corre; y vuela;
nieve huella; pisa abrojos;
sus blancos pies estan rojos;
su pecho la nieve hiela.
Ya se acerca: siempre en vela
ni un solo instante ha perdido:
toca el fin apetecido;
hambre sufre; sed soporta;
vá á morir; mas ¿qué le importa
si vive el que no ha nacido?

—

El príncipe su querella
divierte en cercano monte:
vagando en el horizonte
topan sus ojos con ella.
«¿Quién es, mossen Jaime, aquella
que agora cae allá arriba?»
—«Esa es tu hermana adoptiva.»—
Él corre; ella á hablar acierta.
La dama á poco está muerta,
¡la recien nacida, viva!

—

«Jaime, tu laud desata;
toma en cambio ese tesoro:
no más violetas de oro,
no más cigarras de plata.
Llévala á tu choza grata
donde al sol el estro robas,
donde á Llobregat arrobas
con tus celestes canciones:
enséñale allí oraciones
¡que son las mejores trovas!»

—

Dijo el príncipe: partió
á dó la muerte le llama:
cabalga el bardo de fama.
como famoso cumplió.
Aquí la niña creció,
bien honrada con tal padre,
aqui la acusan de lladre.
Si hice infamia tan notoria
tú, madre, que estás en gloria,
¡díselo á mi padre, madre!
(Señalando á D. Magin.)

—

Y si aun no me ves de ahí,
si aun vas tu culpa purgando,
y este llanto, que brotando
estan mis ojos por tí,
puede llegar hasta allí,
sin que mirarlo te aflija,
deja que un raudal dirija
á tu llama expiatoria.

Juan mont

¡Gánente, madre, la Gloria
las lágrimas de tu hija!

MAGIN. Dame.

(Tomando el pliego y con voz apenas perceptible.)

EULALIA. Tomad. ¡Habla el príncipe!

ROGER. Téngalo en su Gloria Dios.

MAGIN. ¡Oh!

(Apartando la vista del pliego y enjugándose una lágrima.)

EULALIA. ¿Llorais?

MAGIN. Dicen que el diablo
tambien una vez lloró.

EULALIA. ¿Padre?... (Muy bajo.)

MAGIN. No me des, Eulalia,
ese nombre encantador....
Si alguna vez lo merezco
iré á pedírtelo yo.
—De un amor torpe y sacrílego (Al Veguer.)
son instrumento, señor,
esas joyas que un villano
en esta casa escondió.
Yo el villano soy: Eulalia
es tan pura como el sol.
(¡Quien pisando honores vive,
un dia pisa su honor!!)

ESCENA XII.

DICHOS, JAIME, BELTRAN.

D. Magin toma una mano á Eulalia y vá á ponerla en las de Roger; en este momento aparece Jaime seguido de Beltran, y se interpone deteniendo la accion.

JAIME. ¡Esperad!—Doña Violante,
(Apenas puede hablar.)
llena de resignacion,
por pagar lo que hizo anoche
la hija mia en su favor,
pisa agora umbrales santos
que mas sin profanacion
no pisar podrá. Esperemos;

y cuando el viento veloz
traiga aqui desde Pedralbas
de campanas grato son,
ya no atarán á mi hijo
juramentos que prestó.

MAGIN. Es mi hija. (Muy bajo á Jaime.)
JAIME. ¿Cómo?
MAGIN. ¡Vedlo! (Le dá el pliego.)
JAIME. ¡Oh!
ROGER. ¡Mi Eulalia!
JAIME. ¡Bendicion!
ROGER. Eulalia, de la calumnia
huella queda hasta en el sol.
Partamos á extrañas tierras.
MAGIN. No; de eso que temes, yo
por tu brillo y por mi mengua
hacerme quiero un blason.
Como Ladron en Navarra
Guevara se apellidó,
Pujadas en Cataluña
se apellidará Ladron.
BELT. ¡Las campanas! (En el foro al oir el repique.)
ROGER. ¡Ya soy libre!
MAGIN. ¡Gracias, mossen Jaime!
JAIME. ¡Á Dios!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, menos el VEGUER y su acompañamiento.

D. Magin acompaña al Veguer hasta la puerta.

EUL. y ROG. ¡Oh! (El uno en brazos del otro.)
ROGER. ¡La vida está en tus brazos!
EULALIA. ¡La vida está en tu amor!
MAGIN. ¡Hija!
EULALIA. ¡Para mi padre
(Dirigiéndose al cielo como en un éxtasis.)
perdon, madre, perdon!!
Es la primera súplica
(Como si viera á su madre.)
que te dirijo yo

envuelta en esta lágrima
de gozo y bendicion, (Extasiada.)
primera que purísimo
me arranca un santo amor.
Tómala en alas, céfiro,
arrástrala veloz...
Quizá en su tumba incógnita
refresque alguna flor.—
¡Padre, madre sonrie!
¡te ha dado su perdon!!

FIN DEL DRAMA.

